# ROSMUNDA,

DRAMA

EN CUATRO ACTOS.

POR

Don Antonio Gil de Zárate.

*Individuo de la Academia Española.*



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

=

1839.

## PERSONAS.

ENRIQUE II, *Rey de Inglaterra.* — ALFREDO.
ELEONORA DE GUIENA, *su esposa.*
ROSMUNDA CLIFFORD.
ARTURO.
ROBERTO, *criado de la reina.*
GUALTERO, *page.*
ELFRIDA, *madre de Rosmunda.*

La escena es en Lóndres y sus cercanias. A.

# ACTO PRIMERO.

Interior de un castillo gótico.

## ESCENA PRIMERA.

ROSMUNDA. ELFRIDA.

*(Cuando se alza el telon, Rosmunda está mirando por una ventana.)*

ROSMUNDA.

No vuelve, no vuelve, ¡ay cielos!
En vano con triste afan,
hasta el lejano horizonte,
tiendo mi inútil mirar.
Todo es desierto... ¡Y diez dias
llevo de ausencia fatal!
¡Ingrato! ¿Cuándo á mis ansias
tardaste tanto?... Jamas
de aquellos montes la sombra
vino á oscurecer mi hogar,
sin que acudieses amante
á alegrar mi soledad.
Aqui suspiro, aqui lloro,
y en tanto dolor, quizás
ni un recuerdo tu Rosmunda
¡ay de mí! te deberá.
¡Allá en las córtes ufano
brillas donoso y galan,
y el amor juras á otras
que me juraste guardar!

ELFRIDA.

No asi tan desconsolada
te entregues, hija, al pesar,
que quien fue siempre constante
no puede ser desleal.

:

Altos y nobles deberes
á tu amante detendrán.
Ya lo sabes, de la guerra
Enrique dió la señal:
el fuerte Enrique segundo,
que en su juvenil edad,
al pueblo ingles comunica
su noble aliento marcial.
Ya en el Támesis la vela
mil naves al viento dan,
y sus guerreros la Irlanda
se aprestan á conquistar.
Vistiendo la fuerte malla,
Alfredo...

ROSMUNDA.

¿Le disculpais?
No, madre: decid que es falso,
decid que es traidor... Su hablar,
su semblante, sus acciones
bien me lo dijeron ya,
cuando aqui la vez postrera
le ví á mis plantas estar.
Su amor pintábame entonces
con el lenguage falaz
que en apariencias de cielo
sabe el infierno ocultar.
Fuego sus ojos brotaban
brillando sobre su faz,
cual dos maléficos astros
precursores de algun mal.
Sé mia, Rosmunda, dijo.
Tuya Rosmunda será,
respondo, cuando en el ara
luzca la antorcha nupcial.
Pronta estoy. — Al escucharme
¡ay madre! le ví temblar,
estremecerse, caer,
y cual si fiero dogal
apretase su garganta,
sin voz, sin color quedar.
Por fin, levántase y dice:

Adios, adios... Y se vá,
y allí me deja entregada
á mi despecho mortal.
¿Qué es esto?.. ¿Por qué le turba
mi justo anhelo?.. ¿Será
que solo mentira fuese
tanto amor?

ELFRIDA.

Calma tu afan.
Si un pérfido te abandona,
aun te puede consolar
una madre, cuyo amor
no tiene en el mundo igual.—
Mas oye... De venatoria
trompa los ecos allá
dentro del bosque se escuchan,
y aquí acercándose van.
(*Va á mirar por la ventana.*)

ROSMUNDA.

¡Oh! ¡cómo el alma conmueve
ese instrumento marcial!
¡Triste recuerdo! Tambien
así le escuché sonar
la vez primera que Alfredo
visitó mi pobre umbral.
Huyendo el calor estivo,
de polvo y sudor la faz
cubierta, llegó sediento...

ELFRIDA.

En un soberbio alazan,
¿quién con rápida carrera
se acerca?

ROSMUNDA.

¡O Dios! ¡si será?...
(*Corre á la ventana.*)
No, no es él... ¡Ay de mí triste!
Inútil es ya esperar.

ELFRIDA.

Algun mensagero acaso...

ROSMUNDA.

¡Cielos! ¿qué nuevas traerá?

ELFRIDA.

Ya llega... Pero ¿me engaño?
¿No es él?

ROSMUNDA.

¿Quién?

ELFRIDA.

¿Será verdad?
Arturo.

ROSMUNDA.

¡Arturo!

ELFRIDA.

Sí, mira.

ROSMUNDA.

¡Oh, Dios!.. Él es... Qué fatal
venida!

ELFRIDA.

¡Fatal! ¿Por qué?

ROSMUMDA.

¡De su amor no os acordais?

ELFRIDA.

Como un hermano te amaba;
y tú tambien...

ROSMUNDA.

Como tal,
sí, yo le quise... Mas él,
ardiendo en llama voraz...
Bien lo sabeis: tiernos niños,
vimos nacer á la par,
entre juegos infantiles
el dulce amor fraternal.
En él trocóse en pasion,
y en mí lo fuera quizás,
si en pos de gloria y fortuna
no se llegara á ausentar.
Humilde y pobre, aspiraba
á merecer mi beldad;
mas solo con altos hechos
la pudiera conquistar.
Partió; pero antes juróme
tardar dos años no mas,
pidiéndome que dos años

fé le habia de guardar.
Prometí; que indiferente
en tan corta y tierna edad,
ni odioso, ni apetecido,
todo enlace me era igual.
Loca promesa mal dada
y peor cumplida... Vendrá
lleno de amor, de esperanza,
mi palabra á reclamar.
¿Qué voy á decirle? ¡O cielos!
Huyamos... Mas, hele ya.

## ESCENA II.

*Dichos.* ARTURO.

ARTURO.
¡Rosmunda!

ELFRIDA.
¡Arturo!

ROSMUNDA.
¡Ay, dolor!

ARTURO.
Vuelvo al fin á tu presencia.
¡Oh cuán bello es tras la ausencia
el dulce objeto de amor!
Con nuevo donaire el cielo
engalanó tu hermosura:
el trono de mi ventura
mira en tí mi ardiente anhelo.
Mas las rosas de tu tez
marchitan tristes enojos,
la clara luz de tus ojos
nubla tierna languidez.
¿Acaso en tu soledad
lloraste por mí algun dia?
¡Llanto de amor, vida mia,
de amor y fidelidad!

ROSMUNDA.
¡De amor!

ARTURO.

Sí, de amor ardiente,
cual este que á mí me abrasa.

ROSMUNDA. (*Aparte.*)

El corazon me traspasa.
¿Quién engañarle consiente?
¡Arturo! ¡Arturo!

ARTURO.

¡Mi bien!

ROSMUNDA.

Tienes razon: inhumano,
el pesar su áspera mano
asentó sobre mi sien.

ARTURO.

¿Quién cual yo de pena dura
los crudos golpes sintiera?
Mas, ¿qué dolor resistiera
hora al mirar tu hermosura?
Remotas tierras corrí,
surqué dilatados mares;
pero nunca á mis pesares
tregua hallé lejos de tí.
Vi de la altiva Bisancio
el imperial esplendor;
causóme su pompa horror,
y sus placeres cansancio.
En vano ostentó á mis ojos
el Asia fértil su gala;
á los perfumes que exhala
preferia estos abrojos;
que dos objetos mas bellos
su dulce hechizo les dan:
patria y amor aqui estan,
y yo moria por ellos.
Mil veces la horrible muerte
en las lides me cercara;
mas mi valor la ahuyentara
con brazo animoso y fuerte;
que si bien la apetecí
por infeliz con razon,
este triste corazon

por ser tuyo defendí.
Mírame, pues, vencedor;
mas al lauro de mis sienes
tú sola derecho tienes,
pues tú me diste el valor:
cual justa deuda á tus pies,
ufano vengo á rendirlo:
dígnate, pues, recibirlo;
que no es mio, tuyo es.
Admitióme á su servicio,
en premio, no ha mucho el rey;
pero á quien sigue tu ley,
es otra ley un suplicio.
¿Y qué me importan á mí
gloria y favor? Los desprecío.
Tan solo tienen un precio;
hacerme digno de tí.

ROSMUNDA.

¿Y sabes tú, desdichado,
si yo de tí digna soy?

ARTURO.

¿Qué dices? Temblando estoy

ROSMUNDA.

Arturo, tú me has amado
y me vas á aborrecer.

ARTURO.

¡Aborrecerte! ¿quién? ¡yo!

ROSMUNDA.

Sí; que jamas mereció
esta infeliz tu querer.

ARTURO.

¡Cielos!... Habla... ¡Qué delito?...

ROSMUNDA.

¡Ah! no, no soy criminal...
Mas oye... Un hado fatal...
Tu indulgencia necesito.

ARTURO.

¡Mi indulgencia!

ROSMUNDA.

Ya lo ves,
dos años de ausencia...

ARTURO.

Acaba.

ROSMUNDA.

Siempre mi pecho anidaba
un fraternal interés...

ARTURO.

¡Fraternal!

ROSMUNDA.

Los tiernos años
de la niñez, no producen
esos fuegos que conducen
de amor á los fieros daños.

ARTURO.

¡No los producen, Dios mio!
Pues, ¿qué es esto que arde en mí?
¿Cuándo este amor conocí?
Ya de oirte desvario.

ROSMUNDA.

Sí... mas yo...

ARTURO.

Tú...

ROSMUNDA.

¡Dios! no tengo
para decirlo valor.

ARTURO.

¡Ah! ya comprendo... ¡O furor!
¡Un rival!... ¡Y no me vengo!

ROSMUNDA.

Perdona.

ARTURO.

Aparta, muger.
Maldita seas mil veces.
¿Es este el premio que ofreces
á mi constante querer?

ROSMUNDA.

Cúlpame, tienes razon:
solo merezco tus iras;
mas ¡ay! un objeto miras
digno en mí de compasion.
¿Sabes que horrible tormento
es para mí tu presencia?

¿Sabes tambien que en tu ausencia
me acosa el remordimiento?
¿Sabes, en fin, que esta llama
que abrasa todo mi ser,
inútil para el placer,
solo ponzoña derrama?
No pienses, no, que mi mente
de nuestra infancia se olvida:
dulce sueño de la vida
pasado tan velozmente.
Como celeste ilusion
á mí contino se ofrece,
y en ella feliz se mece
mi angustiado corazon.
Amor de hermano, amor puro,
nuestras almas enlazó;
¿por qué tan poco duró?
¿por qué me dejaste, Arturo?
Feliz entonces, no ingrata,
en dulce, santa coyunda,
nunca probara Rosmunda
este otro amor que la mata.
Solo el tuyo conociera,
puro, süave, apacible;
y hora ya pasion terrible
clava en mí su garra fiera:
pasion que ejerciendo está
triste, funesto dominio,
y acaso con mi esterminio
vengado te dejará.

ARTURO.

¡Ah! desdichada, ¿qué hiciste?
¿Lo ves, mudable, perjura?
De dos almas la ventura
para siempre destrüiste.
¡Hela, en fin, desvanecida
aquella grata esperanza
que en engañosa confianza
fué el encanto de mi vida!
¡Ah necio, necio de mí!
que en esta ausencia fatal,

de tanto posible mal
este solo no previ.
Pero, ¿cómo tal recelo
el alma tener podia,
si en vez de muger creia
amar á un ángel del cielo?

ROSMUNDA.

Sí, solo un ángel merece
ese amor puro y constante.

ARTURO.

Dime, ¿quién es ese amante
que tu pecho favorece?
Dilo.

ROSMUNDA.

¿Qué intentas?

ARTURO.

¡Yo!... nada,
nada.

ROSMUNDA.

¡Me estremezco! ¡O Dios!

ARTURO.

Es fuerza que de los dos,
uno...

ROSMUNDA.

¿Qué dices?

ARTURO.

Mi espada...

ROSMUNDA.

¿Y osarias?

ARTURO.

¿Olvidar
me mandas el amor mio?
Pues solo de sangre un rio
ya nos puede separar.

ROSMUNDA.

¡Qué horror!

ELFRIDA.

Arturo, insensato:
¡asi la pasion te ciega!

ROSMUNDA.

Dejadle, madre... Ven, llega;

y en tu furioso arrebato
traspasa este corazon.
Véngate; mi sangre vierte,
que acaso será la muerte
un bien en tanta afliccion.

ARTURO.

¿Qué dices?... ¡Ah! Yo deliro;
mas ¿cómo no delirar
cuando ¡ay triste! arrebatar
tan ansiado bien me miro?
Yo debiera castigarte,
infiel, perjura belleza;
mas al mirarte, ¡o flaqueza!
no hallo fuerzas para odiarte.
Vive, pues; que yo gustoso
marcho hora mismo á morir:
solo merece vivir
el que puede ser dichoso.

ROSMUNDA.

¡Ah! tú pierdes la razon.
¡Tú morir!

ARTURO.

Es mi esperanza.

ROSMUNDA.

¡Arturo!

ARTURO.

Adios... mi venganza
la dejo á tu corazon. (*Vase.*)

## ESCENA III.

ROSMUNDA *sola.*

Espera... tente... no me oye.
¡Ah! madre, por Dios seguidle,
y procurad de su pecho
calmar el dolor terrible.
(*Vase Elfrida.*)
¡O cuán infeliz nací!
Al que tierno amante gime,
fiel, generoso, constante,

es fuerza que el alma olvide,
guardando todo mi amor
á quien de él tal vez se rie.
¡Alfredo! este dulce nombre
que adora el pecho sensible,
solo con secreto horror
hora mis labios repiten,
y llanto, desgracias, muerte,
aquí una voz me predice.
¡Diez dias sin verme, cielos!
¿Adónde te encuentras, dime?
Mira, ingrato, que si tardas,
muerta me hallarás, ¡ay triste!

## ESCENA IV.

ROMUNDA. ALFREDO.

ALFREDO.

¡Rosmunda!

ROSMUNDA.

¡Alfredo!.. ¡O Dios!.. ¡El es! ¡O dicha!
¿No me engaño? ¿Eres tú?

ALFREDO.

Sí, soy Alfredo...
Alfredo soy, Rosmunda.

ROSMUNDA.

Mas ¿qué indica
ese mirar sombrio? ¿Por qué leo
en tu rostro el pesar?... ¿Sientes, ingrato,
sientes verme?

ALFREDO.

¡Sentirlo!... Y ¿tú creerlo
puedes, Rosmunda, cuando tú eres sola
astro hermoso de paz, que mis tormentos
consigue disipar, cuando á tu lado
siento en el alma de feliz consuelo
el bálsamo correr?... Mas bien dijiste,
un horrible pesar me oprime el pecho.

ROSMUNDA.

¿Por qué dejarme, pues? ¿Por qué diez veces

los tristes ojos por el llano inmenso
tendiendo con afan, la noche oscura
me vino á sorprender, sin que á mis ruegos
acudieses, crüel? ¿Qué hacias? ¿Dónde
vivir pudiste de tu amante lejos?
Un dia y otro desde la alta reja
te esperaba... y mi voz llamaba á Alfredo,
¡y Alfredo no venia!

ALFREDO.

¡Desdichada!
¡Cuántos males por mí!...

ROSMUNDA.

Ya no los siento.
Todos al verte huyeron... Mas los tuyos
dime, y verás que compartir al menos
sabrelos y llorar.

ALFREDO.

Males existen
que amor no alcanza á suavizar: su fuego
mas los irrita cuanto mas los toca,
y es solo al corazon letal veneno.

ROSMUNDA.

Si con igual ardor me amas...

ALFREDO.

¡Sí te amo!
Mira: mil veces en los nobles juegos
do el fuerte paladin á la hermosura
rinde postrado su laurel soberbio,
vi de las damas que la córte aplaude
la ensalzada beldad... Vilas luciendo
el oro y plumas y preciosas telas,
y ufanas abrasar rivales pechos
con ardientes amores... En mí siempre
solo encontraron corazon de hielo.
Te ví, Rosmunda: tus sencillas galas,
tu dulce hechizo de artificio exento,
¡cuál contrastaban con el vano orgullo
que tanto desdeñé! Rendido, ciego,
no pude resistir, y en tus cadenas
quedé con nudo indisoluble preso.
Sin tí de entonces para mí no hay vida:

aqui respiro y gozo; ausente, muero.

ROSMUNDA.

Quédate, pues, mi bien... ¿A qué en las cortes
una dicha buscar que aqui te ofrezco?
¿Quién te puede arrastrar?....

ALFREDO.

¿Quién?.. mi desdicha.
Crüel fatalidad alli mi cuello
doblado tiene bajo atroz coyunda,
en vano ansioso sacudirla intento:
do quier constante á mi pesar me oprime,
y es fuerza sucumbir al grave peso.

ROSMUNDA.

Mas en la corte, dí, ¿qué bien encuentras?

ALFREDO.

El crímen, y con él remordimientos.

ROSMUNDA.

¡El crímen, dices!... Por ventura... ¡ay! habla:
sin duda ocultas un fatal secreto.

ALFREDO.

No lo quieras saber.

ROSMUNDA.

Mi amor lo exije.

ALFREDO.

Teme que sea para tí funesto.

ROSMUNDA.

Sabré tener valor... Habla.

ALFREDO.

Rosmunda,
escucha y estreméccte... No puedo.

ROSMUNDA.

¡Ingrato!

ALFREDO.

Adios, adios.

ROSMUNDA.

¿Partes?

ALFREDO.

Sí, parto:
separarnos es fuerza.

ROSMUNDA.

¡O Dios!

ALFREDO.

Lo debo.
Ya lo sabes tal vez: en torno suyo
hoy Enrique juntando sus guerreros
los llama á nueva lid. Suena la trompa,
y de naves el Támesis cubierto,
poderosa invasion á Irlanda envia,
soy soldado: el honor....

ROSMUNDA.

No te detengo.
Parte: si lejos el honor te llama,
el honor y la gloria son primero.
Culpable es la mujer que en torpes lazos
á noble paladin detiene envuelto,
y en justo pago de caricias viles,
su nombre infama con baldon eterno.
Parte, y al templo de la gloria asciende;
asombren al inglés tus altos hechos;
y aquí su historia de tan triste ausencia
me venga á consolar... Yo misma quiero
con dulce prueba de mi afecto ardiente
inflamar tu valor... Antes que el eco
de la trompa marcial por estos valles
resuene, de partir dando á los vientos
la anhelada señal, á mi presencia
vuelve vestido del luciente acero.
La roja banda que en matiz brillante
de nuestro mutuo amor retraza el fuego,
de mí recibirás, y á par mi cifra
en preciosa labor. Latir el pecho
con su blanda impresion sintiendo ufano,
en tu brazo hallarás mayor esfuerzo.
¿Quién podrá resistirte? La victoria
tus huellas seguirá. Feliz, cubierto
del noble lauro que al amor debiste,
á mí retornarás; y el dulce premio
¡o cuál entonces te daré gustosa
de tan constante amor, tanto denuedo!

ALFREDO.

No, no, Rosmunda: si tu bien deseas,
otra dicha mayor pídele al cielo.

Pide que sin tardar aguda lanza
mi pecho rasgue en el primer encuentro,
y allí sin vida, sobre el yerto polvo,
al menos con honor quede un perverso.

ROSMUNDA.

¡Qué insensato delirio! ¡O Dios! ¿qué dices?
¿Tú deseas morir?

ALFREDO.

Sí, lo deseo,
lo debo.

ROSMUNDA.

Vive para mí siquiera.

ALFREDO.

Calla, infelice... para tí... ya he muerto.

ROSMUNDA.

¿Qué escucho?.. ¡Santo Dios!.. ¡Tú!.. ¡me horrorizo.
¡Ah! perjuro, ¡ah! traidor; ya te comprendo.
Me vendes, sí, me vendes, y otros nudos
hoy corres á formar.

ALFREDO.

¿Yo?.. No... no es cierto.

ROSMUNDA.

¿Me vienes á anunciar de tu perjurio.
la nueva atroz? ¿En mi dolor inmenso
te pretendes gozar?

ALFREDO.

Escucha.

ROSMUNDA.

Vete.

ALFREDO.

Rosmunda, por piedad.

ROSMUNDA.

Vé... te desprecio.

ALFREDO.

No, no me marcharé... no, de tus iras
llevar conmigo el insufrible peso
no puedo consentir... Tú por quien solo
sintió mi corazon de amor el fuego,
cara Rosmunda, mi dolor contempla
y mírame á tus pies... mira el que vierto
acerbo llanto... Te lo juro, nunca

adoré sino á tí, nunca en mi seno
otro amor arderá... Si dado fuese,
por tí mil bienes, la grandeza, un cetro
renunciara feliz.— Es cierto... un crimen...
¿qué digo?.. un crímen no... destino adverso
la copa del placer llega á mis labios,
y veda á su licor tocar en ellos.
Por la postrera vez te miro, te hablo;
por la postrera vez oigo tu acento:
guarda siquiera de infeliz amante,
cual de tí guardaré, dulce recuerdo;
y pues quiso la suerte separarnos,
nunca al olvido nuestros nombres demos.

ROSMUNDA.

¡Cruel!.. ¿Con que es verdad? ¿Con que es forzoso?..
Y de tan fino amor, tantos proyectos
de dicha y de placer...
(*Oyese dentro ruido de gentes.*)
Pero ¿qué ruido?..
¿Oyes?

ALFREDO.

Sí.... ¿qué será?

## ESCENA V.

*Dichos.* ELFRIDA.

ROSMUNDA.

Madre, ¿qué es eso?

ELFRIDA.

Rosmunda, alégrate; la reyna viene
á honrar nuestra mansion.

ALFREDO. (*Aterrado.*)

¡La reyna!

ROSMUNDA.

¿Es cierto?

ELFRIDA.

Quiere en este castillo de la caza
reposar un instante.

ALFREDO.

¡Santos cielos!

Huyamos.

ROSMUNDA.

¿Cómo?

ELFRIDA.

¿Qué?

ALFREDO.

Somos perdidos,
si aquí me encuentra.

ELFRIDA.

¿Qué decis?

ROSMUNDA.

No entiendo..

ALFREDO.

Adios.

ELFRIDA.

¿Por dónde vais? Esa escalera
llena está de su gente.

ELEONORA. (*Dentro.*)

Deteneos
y de aquí no paseis.

ALFREDO.

Es ella ¡ó rabia!

ROSMUNDA.

Ven, por aquí tendrás paso secreto...
(*Señalando una puerta á la derecha.*)
¡O Dios! Cerrado está.

ALFREDO.

Mi esfuerzo acaso.
¡Imposible! (*Procura forzar la puerta.*)

ROSMUNDA.

Ya llega.

ALFREDO.

Abrete, infierno;
y ocúltame en tu abismo.

## ESCENA VI.

*Dichos.* ELEONORA.

ELEONORA.

No distantes

(*Al entrar á su acompañamiento.*)
de aqui quedaos á mi voz atentos.

ROSMUNDA.

Señora... (*Se arroja á sus pies.*)

ELEONORA.

Alzaos... ¿No os llamais Rosmunda?

ROSMUNDA.

Mi nombre es ese.

ELEONORA.

¡Hela aqui, pues!.. ¡Es cierto!
(*Aparte, mirándola con curiosidad.*)
Y ¡cuán hermosa! ¡O indignacion!

ROSMUNDA.

Ufana
con tanto honor... no sé... Mi pobre techo
¿qué cosa digna de tan alto huésped
ofreceros podrá?

ELEONORA.

Nada apetezco.
Solo aqui me conduce... ¡O Dios! ¿qué miro?
(*Viendo á Alfredo.*)

ALFREDO. (*Aparte.*)

¡Horrible situacion!

ELEONORA.

Él es... fallezco.

ROSMUNDA.

Señora... ¿qué teneis?..

ELEONORA.

Nada... apartaos...
El cansancio... el calor... ¡Y aqui te encuentro,
traidor! (*A Alfredo.*)

ROSMUNDA.

¡Ah! ¿qué decis?.. ¡Traidor! ¡Dios mio!
¡Alfredo!

ELEONORA. (*Con estrañeza.*)

¿Cómo le llamais?

ALFREDO. (*Con intencion.*)

Alfredo.

ELEONORA.

¡Ah!.. ya entiendo... está bien.

ROSMUNDA.

Pues qué, su nombre
¿no sabeis?.. Yo pensé...

ELEONORA.

Sí: mas no acierto
con cual motivo en tan remoto albergue
hoy le llego á encontrar... ¿Acaso el puesto
es este donde su deber le manda
los pasos dirigir?.. ¿Por qué un misterio
es para mí?..

ALFREDO.

Cual vos hoy de la caza
quise el placer gozar... Perdí el sendero...
y cual á vos tambien, solo el acaso
me condujo... ¿Dudais?

ELEONORA.

No, no: lo creo.
Vuestra disculpa admito.

(*Se sienta y se dirige á Rosmunda.*)

Hermosa jóven,
acercaos... Decid: ¿por qué tan lejos
de la corte vivis?.. ¿Por qué estos bosques,
su triste soledad, mudo desierto,
mansion ofrecen para vos mas grata
que Lóndres opulenta?.. ¿Cuál secreto
hechizo os encadena?..

ROSMUNDA.

Sin cuidados
aqui la rueda de mis años tiernos
dulcemente corrió: mi anciano padre
aqui exhalara su postrer aliento;
y de ese bosque la enramada cubre
con sombra amiga sus mortales restos.

ELEONORA.

¿Y qué, por dicha, tan oscura suerte
es hecha para vos?.. ¿Allá en el seno
secreto impulso no sentis que os llama
á fortuna mayor, placeres nuevos?..
A mi corte venid.

ALFREDO. (*Aparte.*)

¡Dios!

ELEONORA.

Entre pompas
allí pronto dareis á olvido eterno
estas breñas... allí mil cortesanos
rinden á la beldad el grato obsequio
que dulce halaga al corazon, y ufana
brilla en la sala y reina en el torneo.

ROSMUNDA.

Mi alma, señora, en tan humilde estado
no alimenta esos vanos pensamientos.
Moriré cual nací, pobre, ignorada.
Al régio alcázar mi mansion prefiero.
¿Por qué la dejaré? La paz, la dicha,
cuanto puedo anhelar aqui lo tengo.

ELEONORA.

¡Cuanto anhelar podeis!.. Con tal respuesta,
mucho, señora, que decis entiendo.

ROSMUNDA.

¿Pues qué?..

ELEONORA.

No os sonrojeis... En vuestros años,
bien lo sé, la ambicion no mueve el pecho,
ni la codicia vil... Hay otros bienes...
y sobre todos uno... al que contento
todo se sacrifica... uno, que el alma
á tal punto esclaviza, que otro anhelo
no es dado ya tener; que ciega, ofusca,
y reduce á sí solo el orbe entero.
Quizá vos este bien...

ALFREDO.

¿Por qué, señora,
penetrar intentais tales secretos?
¿No veis que su rubor?..

ELEONORA. (*A Alfredo.*)

¿Sois vos acaso
á quien pregunto yo?—Quizá indiscreto
(*A Rosmunda.*)
os parezca mi hablar... Mas no os sorprenda
este lenguaje en mí... Tambien sabemos
los reyes qué es amor: tambien al trono
suele alcanzar su irresistible fuego;

y tambien ¡ay de mí! su afan sentimos,
sus congojas, sus penas... y sus celos.

ALFREDO.

¿Qué oigo?.. Señora... vos?

ELEONORA. (*A Alfredo.*)

¡Cuál os agita
lo que diciendo estoy!.. ¿Por qué hora os veo
turbado, sin color, cual delincuente
que en la presencia está de un juez severo?
¿De qué os acusa la conciencia?

ALFREDO.

Basta.
Si aqui mas tiempo estoy, quizá funesto
á los dos vendrá á ser... Marcho...

ELEONORA. (*Alzándose.*)

Quedaos,
quedaos, repito: ¿lo entendeis?.. lo quiero,
lo mando.

ALFREDO.

¿A mí?..Pues bien...

ROSMUNDA.

¿Qué haces? ¿Olvidas
que ante tu reina estás?.. Yo te lo ruego,
detente.—Y vos, señora, perdonadle...
sí, perdonadle.

ELEONORA. (*A Alfredo.*)

¡Qué interes tan tierno
mostrais por ese jóven! ¡Cuán ansiosa
intercedeis por él!.. ¡Ah! ya comprendo.
Sin duda esa es la joya que encerrada
en esta soledad, presta embeleso
á tan triste mansion; el bien es ese
por quien en dulce amor dais al desprecio
la corte y su grandeza... Hablad, decidlo,
confesadlo por fin.

ROSMUNDA.

Yo...

ALFREDO.

¡Necio empeño!
Tal sospecha...

ELEONORA. (*A Alfredo.*)

Callad: solo ella debe
responderme, no vos.

ALFREDO.

Y ¿qué derecho
teneis?...

ELEONORA.

¡Tú lo preguntas!—Yo lo exijo:
(*A Rosmunda.*)
decid, ¿le amais?

ROSMUNDA.

No sé qué responderos.

ELEONORA.

Harto decis así.

ROSMUNDA.

No, yo no le amo.

ELEONORA.

¿No?... juradlo.

ROSMUNDA.

¿Yo?

ELEONORA.

Sí.

ROSMUNDA.

Juro... no puedo.

ELEONORA.

Basta... todo lo sé.

ROSMUNDA.

Pues bien, señora,
¿de qué sirve el negarlo? Este secreto
se escapa á mi pesar... Mi hablar, mis ojos,
mi ademan, mi inquietud, basta mi aliento,
todo respira amor, todo os descubre,
que arde el pecho por él y por él muero.

ELEONORA. (*A Alfredo.*)

¿Con que es verdad, traidor?

ALFREDO.

No es este el sitio
de escuchar vuestras quejas... El misterio
vinisteis á indagar... Oidlo todo,
oidlo todo, pues quereis saberlo.
No basta que ella me ame, yo la adoro.

¡Adorarla! Eso es poco... ¿Con qué puedo
comparar este amor?... Solo á la furia
con que hora vos la estais aborreciendo.

ELEONORA.

¡Eso dices, crüel!

ALFREDO.

Lo habeis querido;
mas pues ya conoceis que soy sincero,
prestad fé á mis palabras... Sí, Rosmunda,
sí, yo te idolatré... Jamas el cielo
inspiró igual amor, y aqui por siempre
grabado queda con buril de fuego.
Mas te lo dije ya... Grande, sagrado,
inviolable deber, un muro ha puesto
entre ambos corazones, y el destino
me separa de tí con brazo ferreo.
Es fuerza obedecer... Ya nunca, nunca
á verme volverás... Adios... eterno
es este adios... lo juro.—Satisfecha (*A Eleonora.*)
podeis estar, señora, pues mi afecto
supe sacrificar, y aunque penoso,
á cumplir mi deber estoy resuelto.
Pero escuchad tambien el que pronuncio
inviolable y terrible juramento.
Nunca turbada de Rosmunda sea
la paz en estos sitios; un secreto
mi nombre quede... Si á su vida acaso...
¿Qué pronuncio?... ¡A su vida!... No me atrevo
ni siquiera á pensarlo... á su reposo
osáreis atentar... Inútil creo
que es esplicarme... conoceisme... nunca
injurias perdoné... ¡Ay, del perverso
que ofendiendo á Rosmunda, ofrezca osado
objeto odioso á mi furor tremendo. (*Vase.*)

## ESCENA VII.

ELEONORA. ROSMUNDA. ELFRIDA. ROBERTO. SOLDADOS.

ROSMUNDA.

¿Qué es esto?.. ¡Cielos!.. ¿qué terrible arcano?..
Decid.

ELEONORA.

Ya lo sabreis. — No pienses, necio,
que me intimidas, no. — Seguidme.

ROSMUNDA.

¿Dónde?

ELEONORA.

A mi palacio.

ROSMUNDA.

¿Yo?

ELEONORA.

¿Dudais? — Roberto.

ROBERTO.

Señora.

ELFRIDA.

¿Qué intentais?

ROSMUNDA.

¡Piedad!

ELEONORA.

Llevaos
á esa muger.

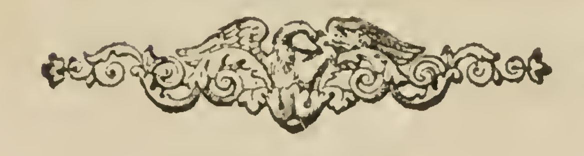
ROSMUNDA.

¡Ay Dios!

ELEONORA.

Llevadla luego.

*(Roberto y los soldados se llevan á Rosmunda.)*



# ACTO SEGUNDO.

La cámara de la reina. A la derecha del actor un tocador con un espejo de metal. A la izquierda, colgado en la pared un gran retrato de Enrique.

## ESCENA PRIMERA.

ARTURO. ROBERTO.

ROBERTO.
Entra, Arturo.
ARTURO.
¿Aqui?
ROBERTO.
¿Qué temes?
ARTURO.
Tanta osadia me asombra.
¡La cámara de la reina!
ROBERTO.
En la corte nadie ignora
mi privanza.
ARTURO.
La conozco;
y si algun temor me acosa,
no es por vos, sino por mí.
ROBERTO.
Deséchalo; que á mi sombra
seguro estás.
ARTURO.
No lo dudo.
Y aun mi entrada misteriosa
en este sitio me anuncia...
ROBERTO.
¿Qué?

ARTURO.

Que debo ser ahora
muy necesario.

ROBERTO.

Cabal:
quiero encargarte una cosa.

ARTURO.

Veamos cual es.

ROBERTO.

Atiende...
sobretodo, punto en boca.

ARTURO.

¿Importa el secreto?

ROBERTO.

Y mucho.
Es encargo de Eleonora.

ARTURO.

¿La reina?

ROBERTO.

La reina, sí.
Ya ves que obediencia pronta
exije el caso; y que nada
perderás; porque es señora
que sabe premiar.

ARTURO.

Servirla
es aquí mi ambicion sola.

ROBERTO.

Es ese desprendimiento
natural en gente moza;
mas pasa la juventud,
y el tiempo en nosotros borra
esas bellas ilusiones
tan dulces como engañosas.
Entonces su justo precio
la realidad recobra,
y el que desprendido fué
se engrandece y atesora.

ARTURO.

Tambien riquezas y honores
mi corazon ambiciona.

Hasta el oriente remoto
en busca fuí de la gloria,
y hallé tesoros soberbios
en la opulenta Basora.
Tragóse el mar mi fortuna;
mas dejóme lo que importa:
pecho noble, brazo fuerte,
y mi espada cortadora.
Mientras esto no me falte,
todo lo demas me sobra;
y en ello fundo esperanzas
tal vez por altivas, locas.

ROBERTO.

Pronto se verán cumplidas
si á servirme te acomodas.

ARTURO.

Hablad, pues.

ROBERTO.

Allá en oriente
existen ciencias famosas
que mil secretos encierran
y grandes portentos obran.
Tú, Arturo, que recorriste
aquellas tierras remotas
debes haber aprendido
esas artes misteriosas.

ARTURO.

¿Juzgais, Roberto, que tengo
de nigromante la forma?

ROBERTO.

No juzgo tal: ni es preciso
aquí ciencia tan recóndita.
Con que supieras hacer
algun misto, alguna pócima...

ARTURO.

¡Ah! ya entiendo: algun remedio.

ROBERTO.

Al contrario: una ponzoña
que en sus efectos se muestre
tan segura como pronta.

ARTURO.

¡Medrados hemos quedado!
Tanto misterio y retórica
¿para qué? para decirme
que un vil brevage componga.
Id, con Dios, Roberto; y cuenta
con no recaer en otra;
que me podeis encontrar
de mal talante y...

ROBERTO.

Perdona.
Yo por tu bien lo decia;
mas puesto que te incomoda...

ARTURO.

¡Yo envenenador!

ROBERTO.

Adios:
no faltará otra persona...

ARTURO. (*Aparte.*)

Este perverso medita
alguna trama horrorosa.
Mejor fuera... Así podré
burlar su infernal tramoya.
Oid, Roberto. (*Alto.*)

ROBERTO.

¿Qué quieres?

ARTURO.

¿Os vais?

ROBERTO.

¡Si así te alborotas!

ARTURO.

Venid acá; que yo os puedo
servir.

ROBERTO.

¡Ah! ¡ah!

ARTURO.

Me acomoda
vuestra oferta.

ROBERTO.

¿Con que harás?...

ARTURO.

Yo no, que no sé ni jota
de alquimia.

ROBERTO.

Entonces...

ARTURO.

Conozco
á un sectario de Mahoma
con sus puntas de judío
digno de habitar Gomorra,
que es cuanto habeis menester.

ROBERTO.

Mira que el sigilo importa,
y entre muchos...

ARTURO.

El tan solo
conocerá á quien le compra
la bebida; lo demas
será de nosotros obra.

ROBERTO.

Está bien... Si quieres oro...

ARTURO.

De eso hablaremos en otra
ocasion... Satisfaced
mi curiosidad ahora.
¿A quien quiere mal la Reina?
¿quién la ofende? ¿quién la enoja,
pues así busca venenos
cuando verdugos le sobran?

ROBERTO.

Para crímenes de estado
son buen castigo las horcas;
mas éste es crímen de amor.

ARTURO.

¡De amor!.. ¿hay celos?

ROBERTO.

Furiosa
está.

ARTURO.

¿Con quién?

ROBERTO.

Cierta jóven...
Mas aqui viene Eleonora.
Luego cuando estemos solos
te referiré esta historia.

## ESCENA II.

*Dichos.* ELEONORA.

ELEONORA.

Traed, Roberto, á Rosmunda,
quiero hablar con ella ahora.

ARTURO. (*Aparte.*)

¡Rosmunda! ¿qué escucho?

ROBERTO.

Voy.

ELEONORA.

No tardeis, que espero sola
aqui mismo.

ARTURO.

¿Si será?..
Salgamos de esta zozobra.

## ESCENA III.

ELEONORA *sola.*

Halléla, al fin, esa Rosmunda hermosa.
¡Hermosa!.. sí... lo es... sí... confesarlo
es fuerza á mi pesar... ¡Beldad maldita!
Poder, trono, riquezas, todo en cambio
lo daria por ella... ¡Qué delirio!
¿Fue por ventura el cielo tan avaro
conmigo de ese don?.. ¡Ah! tú lo digas,
tú, bruñido metal que el fiel traslado
de mi semblante ofreces... Mas ¿qué veo?
No, no es ese, traidor, no es mi retrato.
¡Ella mas bella!.. No: mientes: no es cierto.
Y aunque lo sea, ¿qué me importa?.. Al cabo
caiste en mi poder, objeto odioso.

Sé enhorabuena de beldad dechado,
sé encanto de los hombres, sé portento
de natura blason, del mundo pasmo:
mas puedo yo que tú; puedo hora mismo
despedazarte aqui con estas manos.

## ESCENA IV.

ELEONORA. ROSMUNDA.

(*Rosmunda es conducida hasta la puerta por Roberto, que le señala á la reina.*)

ROSMUNDA.
¿Dónde me conducis?.. ¿Qué miro? ¡Es ella!

ELEONORA.
Y bien, ¿qué os sobresalta?.. En mi palacio,
en mi cámara estais.

ROSMUNDA.
¡Desventurada!
¿Qué pretendeis de mí? ¿Por qué?..

ELEONORA.
Calmaos.
Tomad asiento.

ROSMUNDA.
¡Yo!

ELEONORA.
Sentaos, digo;
y aliento recobrad.

ROSMUNDA.
Vuestro mandato
obedezco, señora. (*Se sientan las dos.*)

ELEONORA.
Oid, Rosmunda,
y no estrañeis si con franqueza os hablo.
Enojado me habeis.

ROSMUNDA.
¡Yo!

ELEONORA.
Con ofensas
que nunca las mugeres perdonaron.

ROSMUNDA.

¡Ah! ¿como pudo ser? En mi retiro
era vuestro existir casi ignorado.
Si el nombre vuestro pronuncié algun dia,
fue para bendeciros, para amaros.

ELEONORA.

Lo creo. Mas no siempre nuestros pechos
tan inocentes son como pensamos;
y entre afectos tal vez puros, sencillos,
el crímen se desliza enmascarado.

ROSMUNDA.

¡Ah!

ELEONORA.

Vos, Rosmunda, amais. ¿Podeis jurarme
que al mundo, al cielo no ofendeis amando?

ROSMUNDA.

Sí, lo puedo jurar; que es inocente
amor que de virtud se enciende al rayo.
Sin rubor lo confieso al mundo, al cielo;
y á los pies de tus aras sin espanto,
eterno Dios, en tu presencia misma
osaré repetir mil veces: amo.

ELEONORA.

Sí... sí... pero decid... ¿estais segura
de que en igual pasion el justo pago
da Alfredo á vuestro amor?

ROSMUNDA.

Si lo dudara,
¿viviera yo, señora?

ELEONORA.

¿Os ha jurado
eterna fe?

ROSMUNDA.

Mil veces.

ELEONORA.

¿Qué promesas
os hizo?

ROSMUNDA.

En mi memoria solo guardo
una.

ELEONORA.

¿Cuál es?

ROSMUNDA.

La de adorarme siempre.

ELEONORA.

Y entre frases de amor, otros halagos
¿acaso no mezcló? ¿No procuraba
con ponderados bienes deslumbraros?
¿No presentó, por fin, á vuestros ojos
de futura grandeza el dulce cuadro?

ROSMUNDA.

Si otra cosa que amor me prometiera,
yo, señora, le hubiera despreciado.

ELEONORA.

Mas ¿qué esperanza, al fin, era la vuestra?

ROSMUNDA.

¿Eso me preguntais? Al que ama tanto,
¿qué otra esperanza concebir le es dable,
sino unirse á su bien en dulce lazo?

ELEONORA.

¿Luego Alfredo tambien alimentaba
en vos esa ilusion?

ROSMUNDA.

¿El?

ELEONORA.

Sí... esplicaos
con franqueza.

ROSMUNDA.

Yo...

ELEONORA.

Hablad.

ROSMUNDA.

Yo la tenia,
pero él jamas me prometió su mano.

ELEONORA.

¡Y osais decir que vuestro afecto es puro!

ROSMUNDA.

¿Cupo, señora, en mí nunca dudarlo?

ELEONORA.

¡Incauta! ¿Qué habeis hecho?.. De un amante
las artes conoced... Desengañaos;

sabed que cubre con falaces rosas
la sima donde intenta despeñaros;
sabed que lleva mentiroso, astuto,
hiel en el corazon, miel en los labios,
y con dulces palabras y caricias
el crímen, la deshonra va labrando.

ROSMUNDA.

¡Cielos! ¡qué luz funesta!... Acaso Alfredo...
No cabe en él un corazon tan falso.

ELEONORA.

¿No cabe?... Pues oid.

ROSMUNDA.

Callad: no os pido...

ELEONORA.

Sabedlo: es un traidor, es un malvado.

ROSMUNDA.

Señora, si lo es, dadme la muerte;
mas no me lo digais. (*Se levanta.*)

ELEONORA.

Os fuera grato
creer siempre en su amor; ¿no es cierto? y siempre
con tan gustosa idea apacentaros...
Desechad ese error. ¿Por qué en el seno
alimentar quereis tan necio engaño?
¿Por qué?...

ROSMUNDA.

Señora, y vos ¿por qué obstinada
en el pecho un puñal me estais clavando?
¿Por qué me arrebatais hasta el consuelo
que hallar pudiera en mi destino infausto?
Y ¿por qué despiadada en mis dolores
con esa risa atroz mostrais gozaros?
¿Qué os importa mi amor? ¿qué mis desdichas?
¿Una reina no tiene otros cuidados?
Mas en vano os cansais; sé que es forzoso
perder toda esperanza; sé que el vaso
me es preciso apurar hasta las heces
de amargura y dolor y eterno llanto;
sé que ya para mí no hay en el mundo
ni placer, ni ventura... Horrible arcano
existe aquí que penetrar no puedo...

¡ni lo quiero saber!... al desdichado
¿qué le importa la causa de sus penas
si ella acrecienta su mortal quebranto?
Dejadme al menos mi ilusion... ¿qué digo?
No es ilusion... es realidad... Sus labios
no mintieron amor... Pues qué, á mis plantas
¿no le ví sin color, casi espirando,
temblar, caer, con lágrimas de fuego
surcar su rostro y abrasar mi mano?
¿No le ví estremecerse en cruel delirio,
domar de su pasion los fieros raptos,
y amor diciendo los ardientes ojos,
con su muda elocuencia hablar mas claro?
¡Ah! que eso no se finge, no... Bien puede
el rigor, el deber... ¡lo ignoro!... ¿Acaso
sé yo lo que en las cortes corrompidas
proscribe la verdad, manda el engaño?...
Bien puede en su furor la suerte injusta
arrebatarle el bien que ansiaba tanto,
mandarle huya de mí, que me abandone,
y aun sujetar su cuello á odiosos lazos;
pero no lo dudeis, su pecho es mio,
mio, sí, para siempre... En los palacios,
en el campo de honor, en los torneos,
donde quiera que esté... ¡de otra en los brazos!
allí me amará siempre; allí en secreto
maldiciendo el rigor de adversos hados,
si suspira, si gime, ese suspiro
es mio, y hácia mí vendrá volando.

ELEONORA.

¡Orgullosa!... ¡O furor!... ¡Y á tal estremo
tu beldad te envanece!... ¿Tal encanto
presumes se halla en tí, que irresistible,
eterno es tu poder!... ¡O qué insensato
delirio!... ¿Sabes lo qué dices?... ¿Sabes
que si eso fuera cierto era llegado
tu triste fin, y que ese amor impuro
me es preciso en tu sangre sofocarlo?
¿Sabes á quién ofendes, á quién amas?
Tú misma, tú, te llenarás de espanto.
Conoce, en fin, al elevado objeto

de tu insana pasion... Mira ese cuadro.
*(Le enseña el retrato del rey.)*

ROSMUNDA.

¡Cielos! ¿qué veo?... ¿no es Alfredo?

ELEONORA.

El mismo.
Pero míralo bien... Un regio manto
cubre sus hombros, en su frente brilla
la diadema.

ROSMÙNDA.

¡Es el rey!

ELEONORA.

Tú le has nombrado.

ROSMUNDA.

¡Ah!
*(Ocultando con horror el rostro entre las manos.)*

ELEONORA.

¿Le conoces ya?... ¡Guarda!... No sea
que te engañes.

ROSMUNDA.

¡Qué horror! *(Quiere huir.)*

ELEONORA.

¿Do vas?

ROSMUNDA.

Me marcho
donde ocultarme pueda... Vuestra vista
no me es dado sufrir.

ELEONORA.

Tente: á mi lado
te pretendo guardar.

ROSMUNDA.

¿Quién?... ¿vos?... ¡Su esposa!

ELEONORA.

¡Su esposa!... sí... lo soy... por eso... Agravios
hay que venganza piden, y venganza
á los mios daré.

ROSMUNDA.

Pues bien, vengaos:
mi sangre derramad, tomad mi vida.
¿Qué me importa la muerte? Ya la aguardo
como el supremo bien.

ELEONORA.

Sí, sí, lo creo;
pero no gozareis de un bien tan alto.
Venganza es esa á mis ofensas leve,
y os juro que no habré sufrido en vano.
¡Ay! harto lo probé: mis propias penas
que hay mas fieros tormentos me enseñaron.
Vivir, pero vivir sin esperanza,
recoger por cariño desengaños,
de odiado objeto contemplar la dicha,
y... (ved la pena mas crüel que os guardo)
mirar en quien se amó solo un aleve
que robando el honor nos ha infamado;
esto mas que el morir duele á quien ama;
esto yo lo probé, y hora probadlo.

ROSMUNDA.

¡Y vos me lo decis!... ¡Vos!... ¡Ah! ¡cuán poco
generosa os mostrais!... Al escucharos
así insultarme en mi desgracia estrema,
dudo ya que una reina me esté hablando.
Yo infame!... Lo seré... Pero ¿qué nombre
dareis al monstruo que labró mi engaño?
¿Le escusará ser rey?... No, por lo mismo
mas infame será por ser mas alto.
¿Qué importa que con pérfidos disfraces
tendiese á mi virtud aleves lazos?
Mi inocencia guardé: si hay algun crímen,
suyo ese crímen es, mio es el lauro.
¡Mirad qué gloria! Descender del trono,
mentir su nombre, renegar su rango,
¿para qué? ¡Justo Dios! ¡Hazaña insigne!
Un pecho seducir sencillo, incauto.
¿Y es esa accion de rey? ¡O vilipendio!
No lo hiciera el mas vil de sus vasallos.

ELEONORA.

Basta. — Escuchad, Rosmunda: lo conozco.
Soy reina, y que lo soy debo probaros.
¿Quereísme generosa? Pues seréIo;
pero de vos un sacrificio aguardo.

ROSMUNDA.

Decid.

ELEONORA.

Será penoso.

ROSMUNDA.

Ya ninguno
para mí puede serlo.

ELEONORA.

No lejano
de aquí se encuentra solitario albergue,
de la virtud asilo sacrosanto,
do en ferviente oracion, vírgenes bellas
bendicen al Señor.

ROSMUNDA.

Entiendo... ¡un claustro!
Eso anhelo tan solo: yo le acepto
como el único bien.

ELEONORA.

Pues preparaos;
que al punto marchareis cuando la noche
con su velo al partir pueda ocultaros.

## ESCENA V.

*Dichas.* ROBERTO.

ELEONORA.

Roberto.

ROBERTO.

¿Qué me mandais?

ELEONORA.

Vaya Rosmunda á su estancia,
y luego volved, que os tengo
que dar órdenes.
(*Vanse Rosmunda y Roberto.*)
Mi saña
no ha podido resistir
al dulce hechizo que arrastra
los corazones al verla.
En vano le preparaba
muerte atroz; á pesar mio
siento en mi pecho la rabia
desvanecerse, y... no importa...
ya resuelvo perdonarla.

Mas vaya lejos de mí
do el claustro oscuro la aguarda;
y allí mis celos con ella
se sepultarán mañana.

## ESCENA VI.

ELEONORA, ENRIQUE.

ENRIQUE.
Señora, decidme luego
en donde Rosmunda se halla.

ELEONORA.
¿Me lo preguntais á mí?

ENRIQUE.
A vos, sí.

ELEONORA.
¡Pregunta estraña!
¿Lo sé yo?

ENRIQUE.
¿No lo sabeis?
Y ¡osásteis arrebatarla
de su mansion!

ELEONORA.
¡Habeis vuelto!
Bien cumplis vuestra palabra.

ENRIQUE.
Juré no volverla á ver:
lo he cumplido y esto basta.
Pero tambien acordaos
que he prometido ampararla,
y de quien la osare aleve
ofender, tomar venganza.

ELEONORA.
¡Ofenderla!.. Y ¿quien aquí
el ofendido se llama?
¿Olvidasteis ya quien soy?
¿Olvidasteis vuestras faltas?
Hablaisme cual si yo fuera
delincuente, y vos sin mancha:

con iracundo semblante
prorumpis en amenazas,
¡y ante mí los ojos vuestros
en la tierra no se clavan!
Al escucharos, Enrique,
cualquiera, en verdad, pensara
que somos aquí las dos
ella esposa y yo la dama.

ENRIQUE.

Faltas cometí, señora;
no pretendo disculparlas.
Llamadme ingrato, perjuro,
falso, traidor; vuestra rabia
sin compasion, sin descanso,
en mí se ensangriente airada:
lo merezco... Mas Rosmunda...

ELEONORA.

¿Osas ante mí nombrarla?

ENRIQUE.

Es inocente.

ELEONORA.

¡Inocente!
¡Y la has amado! ¡y aun la amas!
La que un esposo me roba,
la que mil puñales clava
en mi pecho, quien destruye
mis dichas, mis esperanzas,
¿se llama inocente? No:
ningun criminal la iguala.

ENRIQUE.

Pues pensad lo que gusteis:
yo quiero y juro salvarla.

ELEONORA.

¡Tú salvarla!.. y ¿lo podrias?

ENRIQUE.

¡O cielos!

ELEONORA.

¿Te sobresaltas?

ENRIQUE.

¿Osasteis acaso?

ELEONORA.

No,
no temas... vive.

ENRIQUE.

Me espanta
esa sonrisa infernal.

ELEONORA.

Vive, vive: no te engaña
tu esposa... Vive Rosmunda,
siempre hermosa, flor galana
que los ojos embelesa
y el corazon arrebata.
Ni una hoja, ni un matiz
ha perdido flor tan cara;
pues ¿quién al verla tan bella,
se atreviera á marchitarla?

ENRIQUE.

Al menos impunemente
tal crímen nadie intentara.
Pero acabemos... Volvedme
á Rosmunda.

ELEONORA.

¿Debo darla?
Juzgadlo vos.

ENRIQUE.

Solo quiero
que lejos de aquí se vaya.

ELEONORA.

Irá; pero donde nunca
llegueis á saber que se halla.

ENRIQUE.

Pues bien, aunque la escondais
de la tierra en las entrañas,
de allí arrancarla sabré:
vuestra furia no me espanta.
Cuando un sacrificio os hago,
¿no lo aceptais, insensata?
¡Ay de vos! ¡Aun no sabeis
adonde mi enojo alcanza!

ELEONORA.

¿Qué osas decir?

ENRIQUE.

Que de todo
soy capaz en mi venganza.
Ni esa corona que ciñe
vuestras sienes soberanas,
ni estos nudos respetables
que en santa union nos enlazan,
ni los estensos estados
que envidia de cien monarcas,
en rico opulento dote
habeisme traido ufana,
comparados con mi amor,
nada me parecen, nada.
Bien lo sabeis: otras reinas
que el solio ingles adornaran
se han visto con triste suerte
de su pompa despojadas;
solo un paso hubo para ellas
al claustro desde este alcázar;
ó el oprobio de un divorcio
puso fin á su arrogancia.
Tened presente su historia,
y no querais imitarlas.

ELEONORA.

¿Y os atrevereis?

ENRIQUE.

A todo.

ELEONORA.

¡Ah perverso! solo falta
que en ese trono que ocupo
mire á mi rival sentada.

ENRIQUE.

Si cien coronas tuviera
con ellas su sien ornara.

ELEONORA.

Primero perecerá; (*Aparte.*)
su muerte está decretada.—
¡Qué necios somos los dos! (*Alto.*)
¿Es posible que la calma
destruya ocasion tan leve
de dos esposos que se aman?

Lo confieso: me cegué:
mis zelos fueron la causa;
mas ¿cuándo no tuvo zelos
un pecho que amor inflama?
Esposo mio, perdona:
me arrepiento.

ENRIQUE.

¡Qué mudanza!

ELEONORA.

Quiero enmendarme: tú diste
ya el ejemplo, pues en tu alma
sofocaste una pasion
que me hiciera desgraciada.
Yo tambien sofocaré
mis rencores... Pero parta
lejos de aqui esa muger
cuya presencia me mata.

ENRIQUE.

Eso quiero... Pero ¿dónde
se halla?

ELEONORA.

De esta misma estancia
salió no ha mucho: aceptó
un convento resignada;
y en breve... Pero antes quiero
que á verla vuelvas.

ENRIQUE.

No... basta...
basta ya.

ELEONORA.

No será Alfredo
quien vuelva á verla. El monarca
será, que con altos dones
la consuela en su desgracia:
será el rey, que pagar debe
de un súbdito infiel las faltas.
¿No merece un desagravio
si fué por vos engañada?

ENRIQUE.

¿Por ventura sabe?...

ELEONORA.

Todo.

ENRIQUE.

Me odiará ya.

ELEONORA.

No: te engañas:
te desprecia.

ENRIQUE.

¡Ah! solo quiero
pedir postrado á sus plantas
mi perdon.

ELEONORA.

Lo pedirás.

ENRIQUE.

Llevadme al punto do se halla.

ELEONORA.

Luego vendrás... Entretanto,
si otros negocios reclaman
tu presencia, los deberes
marcha á cumplir de un monarca.

ENRIQUE.

¡Ah! ¡qué mal te conocia!

ELEONORA.

Conocerme aun mas te falta.

ENRIQUE.

¿Cómo?

ELEONORA.

Digo que el delirio
que infunde amorosa llama
en este pecho constante,
no sabes adonde alcanza.

ENRIQUE.

Eterno será mi amor.

ELEONORA.

Lo creo... Pero vé... marcha:
que cuando ya tiempo sea
darete aviso.

ENRIQUE.

¿No abrazas
hoy, Eleonora, á tu esposo?

ELEONORA.

¿Por qué no?

ENRIQUE.

Prenda adorada,
¿me perdonas?

ELEONORA.

¿Lo preguntas?
Pronto perdona quien ama.

ENRIQUE.

Los dias renacerán
de nuestras dichas pasadas.

ELEONORA.

Asi lo espero.

ENRIQUE.

Adios, pues.

ELEONORA.

Adios... Y hasta luego.
(*Vase Enrique.*)

## ESCENA VII.

ELEONORA. *Luego* ROBERTO.

ELEONORA.

Marcha,
que cuando vuelvas á verme,
te espantará mi venganza.
¡Has osado amenazarme
con el divorcio y la infamia!
¿Con que puedo ser del trono
y de tu lecho arrojada?
¿Con que tambien la corona
de regias sienes se arranca,
y puede adornar las sienes
de esa rival detestada?
No, no será... Yo sabré
burlar tus intentos... Calla,
calla, necia campasion,
que dentro del pecho me hablas.
Escuchándote me pierdo:
solo el rigor hoy me salva.
(*Sale Roberto.*)

¿Sois vos, Roberto?... Decid:
¿teneisme ya preparada
esa bebida mortal?

ROBERTO.

Ya lo está.

ELEONORA.

Pues que la traigan.

ROBERTO.

Voy, señora.

ELEONORA.

¿Estais seguro
de su efecto?

ROBERTO.

Menos tarda
el rayo cuando las nubes
ardiendo al suelo le lanzan.
En este instante á mis ojos
á un lebrel hice probarla,
y al punto cayó á mis pies.

ELEONORA.

Pues cúmplase mi venganza.
Venga Rosmunda: el veneno
termine su vida infanda;
ó siegue, si se resiste,
un acero su garganta.
A vos, Roberto, ministro
os hago de mi venganza.
Aquí me habeis de entregar,
aquí mismo, en esta sala
á esa muger que abomino
ya sin aliento, sin alma...
O de su vida... ¿Entendeis?..
la vida vuestra me paga.
Yo me retiro. Tal vez
su presencia me ablandara...
No es tiempo de compasion.
Muera: mi interes lo manda.
Obedeced, y avisadme.
Ved que os espero. (*Vase.*)

## ESCENA VIII.

ROBERTO *solo.*

Matarla
poco me cuesta en verdad.
Pero el rey que tanto la ama,
si llega á saber que yo,
por mi mano... De su saña
¿quién entonces me liberta?
No: la astucia aqui me valga.
Ese Arturo que el brevage
me ha procurado... La audacia
está pintada en sus ojos:
si la apariencia no engaña,
será muy capaz... Y luego
el furor del rey recaiga
solo sobre él.—Aqui viene.

## ESCENA IX.

ROBERTO. ARTURO.

(*Arturo sale con una copa en la mano.*)

ROBERTO.
¿Es la copa envenenada?

ARTURO.
Sí, señor.

ROBERTO.
En esa mesa
puedes, amigo, dejarla.

ARTURO.
Está bien. (*La pone en la mesa.*)

ROBERTO.
Ahora escucha.

ARTURO.
Escucho.

ROBERTO.
¿Tendrias alma

para presentar tú mismo
ese veneno á una dama?

ARTURO.

¿A esa Rosmunda?

ROBERTO.

Esa misma.

ARTURO.

¿Por qué no?

ROBERTO.

¡Bueno!

ARTURO.

Allá en Asia,
siendo esclavo del Soldan,
se lo presenté á Rojana,
y ser libre me valió.

ROBERTO.

Aqui recompensas altas
te esperan, si...

ARTURO.

Vamos pronto:
á obrar, y menos palabras.
¿Dónde está Rosmunda?

ROBERTO.

Al punto
haré que aqui te la traigan.

ARTURO.

Id, pues...

ROBERTO.

(*Aparte.*) Logré mi designio.
Poco ha de tardar: aguarda.
(*Alto y vase.*)

ARTURO.

Sí, con la muerte debiera
espiar su negra infamia.
Cuando nuestro amor primero
por otro amor olvidaba,
pensé que al menos su pecho
ardia en lícita llama;
pero la vil admitia
las caricias de un monarca,
y al brillo de la opulencia

su virtud sacrificaba.
Al fin, el cielo castiga
la liviandad de esa ingrata;
y quiere... Mas hela aquí.
¡Cual me estremezco al mirarla!

## ESCENA X.

ARTURO. ROSMUNDA. ROBERTO.

ROSMUNDA.
¿Me llama la reina?
(*A Roberto al entrar.*)
Hablad
(*Señalando á Arturo y vase.*)
con el que allí veis.

ARTURO.
(*Aparte.*) Aun la ama
mi triste pecho y se inflama
al verla. ¡O debilidad!

ROSMUNDA.
Señor... ¡O cielos! ¿qué veo?
¡Arturo!

ARTURO.
¿Me conoceis?

ROSMUNDA.
¡Ah! miradme y lo direis.

ARTURO.
Jamas os he visto, creo.
Una muger conocí
igual á vos en belleza,
y á par que hermosa, ¡o simpleza!
virtuosa la creí.
En vano su imagen bella
vos aqui me recordais:
¡ah! pérfida, me engañais:
no, no es Rosmunda, no es ella.
La que en este alcázar miro
lejos del hogar paterno,
sombra es suya que el infierno
me muestra cuando deliro.

Aun me siento arrebatar
al contemplar su hermosura...
Mas de una muger impura
el horror me hace apartar.

ROSMUNDA.

¡Yo impura! Deten la lengua.

ARTURO.

Tu crímen no tiene escusa.
Todo en torno aqui te acusa,
todo publica tu mengua.
Cuando burlaste mi amor
yo te creí, miserable,
solo contra mi culpable,
pero no contra el honor.
Entonces te perdoné...
¿qué no perdona un amante?
No te juzgaba inconstante,
indigno yo me juzgué.
Mas solo por liviandad
tú despreciaste al doncel:
ambicionando un dosel
tu envanecida beldad,
todo un monarca buscaste;
y en tu frente donde un dia
pura la virtud lucía
la negra infamia estampaste.

ROSMUNDA.

¡Arturo!

ARTURO.

Aparta, muger;
que horror ya solo me inspiras.

ROSMUNDA.

Pues hiere; y aqui tus iras
hagan mi sangre correr.

ARTURO.

Con sangre tan vil mi espada
no empaña su brillo puro.

ROSMUNDA.

Me insultas... y yo lo juro:
soy infeliz, no culpada.

ARTURO.

¡Eso dices, y aquí estás!
¡y amas al rey!

ROSMUNDA.

¡Ay de mí!
A Alfredo he querido, sí;
pero al monarca jamas.

ARTURO.

¡Cómo!

ROSMUNDA.

Que solo mi igual
en él hasta hoy mismo viera.

ARTURO.

¿Luego ignorabas quien era?

ROSMUNDA.

Lo ignoraba por mi mal.

ARTURO.

Me engañas.

ROSMUNDA.

Fulmine el cielo
un rayo sobre mi frente
si hora mi labio te miente.
¡Ah! disipa ese recelo.
Yo fui contigo inconstante;
y aquel mi primer amor,
como el matutino albor
apenas lució un instante
cedió á otro fuego mayor.
Mas si me viste faltar,
Arturo, á mi antigua fé,
si tu esperanza engañé,
si al fin te pude olvidar,
la virtud nunca olvidé.
Con nombre fingido, en vano
quiso burlarme el traidor;
que en tan peligroso error,
le dí mi pecho al villano,
mas no le entregué mi honor.

ARTURO.

¿Qué escucho?... ¿Será verdad?

ROSMUNDA.

¿Lo dudas? Nunca mentí.

ARTURO.

¡Cómo dudar, si es en mí
creerlo necesidad!
Asi la profunda herida
se alivia del corazon;
que quiere mas mi pasion
verte infiel que envilecida.

ROSMUNDA.

¿Qué, en fin, me vuelves tu aprecio?

ARTURO.

¿Qué te importa, desdichada?

ROSMUNDA.

Con él de la suerte airada
los rigores menosprecio.

ARTURO.

¿Y sabes cuál es tu suerte?

ROSMUNDA.

Sé que el claustro ya me espera.

ARTURO.

¡Infeliz! ¡A Dios pluguiera!
Es tu destino... la muerte.

ROSMUNDA.

¡La muerte! ¡O Dios!

ARTURO.

Mira allí
aquella copa.

ROSMUNDA.

Comprendo:
¡un veneno!

ARTURO.

Sí, tremendo:
preparado está por mí.

ROSMUNDA.

¡Por tí! ¡Cruel! ¡Cuál te vengas!

ARTURO.

¿Fáltame acaso razon?

ROSMUNDA.

¿Y tendrias corazon?...

ARTURO.

¿Yo?... vamos, no te detengas.
Toma.

ROSMUNDA.

No tengo valor.
¡Morir tan jóven!

ARTURO.

Acaba.

ROSMUNDA.

Primero en mi pecho clava
ese acero vengador,
y haz mi corazon pedazos.

ARTURO.

¡Ah! no: que el mio quebrantas.

ROSMUNDA.

Mírame, Arturo, á tus plantas.

ARTURO.

Alzate... y ven á mis brazos.

ROSMUNDA.

¿Qué dices?

ARTURO.

Que si te viera
morir, á la tumba fria
yo contigo bajaria.

ROSMUNDA.

¿Mas esa ponzoña fiera?...

ARTURO.

Hoy será tu salvacion.

ROSMUNDA.

¡Mi salvacion!

ARTURO.

Eleonora,
quiere que mueras ahora.
No hay en ella compasion;
y si acaso ese licor
aqui no te deja yerta,
allí te aguarda á la puerta
un acero matador.

ROSMUNDA.

¡Cielos!

ARTURO.

No temas: yo mismo
las yerbas hice aprestar,
y solo pueden causar
momentáneo parasismo.
De la muerte en tu semblante
las sombras estenderán,
y el latido detendrán,
del corazon palpitante.
Así en letargo profundo
por pocas horas sumida,
volverás luego á la vida
aunque muerta para el mundo.
Del lóbrego panteon
iré yo mismo á sacarte,
y si al fin logro salvarte
no quiero mas galardon.

ROSMUNDA.

¡O qué mal te conocí,
noble y generoso amigo!
Mas ya mi existir maldigo.

ARTURO.

Vive siquiera por mí.

ROSMUNDA.

Dí que me perdonas antes.

ARTURO.

Ni aun de tu agravio me acuerdo.
Solo en mí queda el recuerdo
de nuestro amor... Los instantes
no malogremos. Forzoso
es esa copa apurar.
¿Puedes, Rosmunda, dudar?

ROSMUNDA.

No, dámela.

ARTURO.

Tembloroso
tu brazo apenas sostiene...

ROSMUNDA.

Yo no sé que horror interno...

ARTURO.

¡Ah! tráguenos el infierno,

que ya tu enemiga viene.

ROSMUNDA.
Cadáver me encontrará.

ARTURO.
Mas con paso apresurado...

ROSMUNDA.
Ya el licor emponzoñado
vertido en mi pecho esá.

## ESCENA XI

*Dichos.* ELEONORA. ROBERTO.

ELEONORA.
¿Aun respira esa muger?
¡Roberto!

ROBERTO.
Señora, yo...

ROSMUNDA.
Tu venganza se cumplió:
ven á verme perecer.

ELEONORA.
Por fin...

ROSMUNDA.
Apuré el licor.
(*Arroja la copa.*)
La copa á tus plantas rueda;
ni una gota en ella queda:
saciado esté tu furor.

ELEONORA.
¡Saciado!.. Mal me conoces.
A poco un veneno alcanza;
que no hay para mi venganza
suplicios bastante atroces.
Mas no eres tú, miserable,
insecto vil que desprecio,
á quien el golpe mas recio
prepara mi ira implacable.
Tu postrer instante aquí
venga á ver tu amante fiel;
solo para herirle á él

herirte he querido á tí.
Al comtemplar su furor
satisfecha quedaré:
en tu muerte gozaré,
pero aun mas en su dolor.
Roberto, al rey avisad:
decidle que aquí le espero.

ROSMUNDA.

Inútil es: que primero
habré espirado.
(*Se sienta ya vacilando.*)

ELEONORA.

Aguardad...
Que otra idea...

ROSMUNDA.

Yo fallezco.
¡Cielos! ¿qué es esto?

ARTURO.

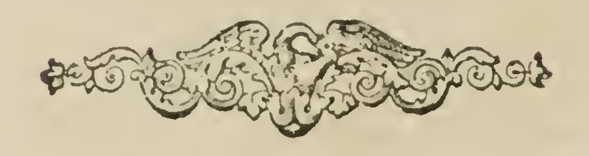
No temas.
(*Acude á sostenerla y la hace sentar.*)

ELEONORA. (*Aparte.*)

¿Ceñirla con cien diademas
querias?.. Pues yo te ofrezco...
(*A Roberto.*)
Seguidme vos, y cumplid
las órdenes que os daré. (*Vase.*)

ARTURO.

¡Ah! por fin, la salvaré,
y se ha logrado mi ardid.
¡En la tumba pretendia
tan bella presa encerrar!
Pues bájela á contemplar,
y la encontrará vacia.



# ACTO TERCERO.

Salon regio. A derecha del actor el trono, cuyo asient
estará cubierto con cortinas.

## ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE. ELEONORA.

ELEONORA.

Venid, Enrique, venid:
seguidme sin miedo.

ENRIQUE.

¿Adónde
me conducis?

ELEONORA.

Por ventura
¿el sitio un rey no conoce
donde ostenta su grandeza
ante su postrada corte?
El regio salon es este:
el trono aquel... no os asombre.

ENRIQUE.

Solo se abren estas puertas
en solemnes ocasiones,
que aquí todos con respeto
la trémula planta ponen.
¿A qué, pues, venir ahora?..

ELEONORA.

Vuestro pecho se alboroce.
Venis á ver á Rosmunda,
á ver á vuestros amores.
Mas aparato, mas pompa
¿en qué ocasion corresponde?

ENRIQUE.

Dejad las hurlas, señora,

y no querais que me enoje.
Si á Rosmunda vengo á ver,
sois sola quien lo dispone;
que lejos yo de buscarla,
huiria de do se esconde.
Aseguradme que vive,
que libre se halla, y entonces
os juro que satisfecho
daré al olvido su nombre.

ELEONORA.

Aun quiero hacer mas por vos.
¡Olvidarla! No os imponen
tan violento sacrificio
mis implacables rencores.
Para que al fin vuestras ansias
en este dia se logren,
os la quiero presentar
entre regios esplendores.

ENRIQUE.

¿Delirais?

ELEONORA.

¿No me habeis dicho
que en su frente bella y noble
colocárais cien coronas
si cien tuvierais?

ENRIQUE.

Cegóme
el furor.

ELEONORA.

Vuestros deseos
va á cumplir vuestra consorte.
No cien coronas poseo:
una sola tuve en dote;
mas con ella venturosa
Rosmunda su sien adorne.
Reciba ese don que solo
feliz estrella nególe,
y á vuestros ojos se muestre
sin rival en todo el orbe.

ENRIQUE.

Acabad.

ELEONORA.

Venid, Enrique;
acercaos.

ENRIQUE.

¿Qué intenciones
son las vuestras?

ELEONORA.

Esa mano
me dad. ¿Temblais? ¿Qué temores
son esos?

ENRIQUE.

Me estremeceis:
que esas miradas atroces,
esa sonrisa infernal,
todo anuncia... Decid: dónde,
dónde está Rosmunda?

ELEONORA.

Al punto
la verás... Allí está... Corre...
En aquel trono.

(*Enrique va al trono; descorre las cortinas, y aparece Rosmunda sentada en él, aletargada y como muerta. Estará vestida de reina con la corona puesta.*)

ENRIQUE.

¡Dios mio!
¡Muerta!

ELEONORA.

Sí... ¿No me conoces?
¿Pensabas que de otra suerte
es dado que la recobres?
¡Yo devolvértela, yo,
sino muerta!... Mas logróse
tu anhelo.... Mírala.... inútil
es ya que tú la corones.

ENRIQUE.

¡Ah! por lo menos vengada...

ELEONORA.

Hiéreme; que el fiero golpe
aguardo aqui sin temor.
Si lo osas, tu acero esconde

en mi pecho... ¡Pero tiemblas!

ENRIQUE.

Eres muger... Vete.

ELEONORA.

Voyme
satisfecha... Ya triunfé,
y mi venganza cumplióse.
Adios... Con ella te queda:
mi presencia no te estorbe.
Murieron mis zelos ya:
gózate con tus amores. (*Vase.*)

## ESCENA II.

ENRIQUE. ROSMUNDA.

ENRIQUE.

¡Ah! yo te juro que tan negro crímen
no ha de quedar impune: si en tu sangre
mi noble espada sumergir no puedo,
aun hay tormentos para tí mas grandes.
Pero ¡Rosmunda!.. ¡Ay Dios!... ¡Muerta, sí, muerta!
Héla allí inmóvil, sin color, cadáver
que el regio manto convirtió en mortaja,
y en féretro el dosel... ¡Horrible imágen!
Maldigo mi pasion; pues ella sola
la causa ha sido de tan cruel desastre...
Sí, yo soy quien te mata, sí, Rosmunda;
y soy el que despues de asesinarte,
con mofa vil que de baldon me cubre
ahora escarnio de tus restos hace.
Mas ¡ay! perdona; que á poderlo Enrique,
viva estuvieras donde muerta yaces.
Huyamos de esta vista... Mas no puedo...
A sus plantas llorar solo me es dable.
Quiero morir aqui... Muerto tan solo
de hoy mas consiento que de aqui me arranquen.
¡Rosmunda!... ¡No responde!... ¡Cuán helada
su yerta mano está!... Mi llanto baje
sobre ella ardiendo, y en su mármol frio,
corra abundoso y el calor derrame.

Dios que ves mi dolor, haz que á la vida
mis suspiros la vuelvan un instante.
(*Queda postrado á los pies de Rosmunda: esta va volviendo en sí poco á poco.*)

ROSMUNDA.

¡Ay!

ENRIQUE.

¡Qué gemido!... si será... delirio...
¡vana ilusion!

ROSMUNDA.

¡Ay Dios!

ENRIQUE.

¡Otra vez!

ROSMUNDA.

Madre...
madre amada...

ENRIQUE.

¿No es ella?... Sí... se mueve...
¡aun respira!... ¡O placer!... Su pecho late...
¡Rosmunda!... ¡Guardias!... Acudid.... ¡Rosmunda!
¡Vives!... ¡Ah! yo fallezco.
(*Cae á los pies del trono.*)

ROSMUNDA.

Oigo llamarme...
¿Qué es esto?.. ¿Dónde estoy?.. ¿Qué sitio es este?..
¡Qué espléndido salon! ¡Qué estraño trage!....
¿No es un regio dosel do estoy sentada?
¿Qué peso es este que mi frente abate?
¡Una corona!... ¡O Dios!... Sin duda es sueño
para hacer mas horrible el despertarme.
(*Deja la corona á un lado.*)

ENRIQUE.

¡Rosmunda!

ROSMUNDA.

¿Quién me llama?.... ¿Un hombre miro
á mis plantas?... ¿Quién sois?

ENRIQUE.

¡O fiero trance!
¿No me conoces ya?

ROSMUNDA.

¡Cielos! ¡Alfredo!

Enrique!... ¡El es!... él es... Dios, amparadme.

ENRIQUE.

¿Qué temes?

ROSMUNDA.

Apartaos... Vuestra vista
solo espanto y horror puede causarme.

ENRIQUE.

Escucha.

ROSMUNDA.

Nada quiero... Huyamos.
(*Quiere huir y no pudiendo sostenerse, cae.*)
¡Cielos!
No me puedo tener... ¡Que así me falten
las fuerzas! (*Enrique acude á sostenerla.*)

ENRIQUE.

Ven, mi bien, ven á mis brazos.

ROSMUNDA.

Un rayo en ellos sin piedad me abrase.

ENRIQUE.

Calma tu espanto, pues permite el cielo
que á mi voz de la tumba te levantes.

ROSMUNDA.

¡Ah! qué quereis de mí? ¿Sois vos, inicuo,
quien hacerme ha dispuesto tal ultraje?

ENRIQUE.

No me culpes... Yo mismo no comprendo...
Así quiso Leonor de mí vengarse...
Mas la perdono ya, pues que fingida
tu triste muerte...

ROSMUNDA.

Sí... fingida... En balde
un tósigo mortal me destinaba:
el cielo decretó que me salvase.

ENRIQUE.

Mas ¿cómo pudo ser?... Dime...

ROSMUNDA.

No todos
son malvados aqui... Burló sus planes
narcótico licor.

ENRIQUE.

¿Quién te lo diera?

ROSMUNDA.

Arturo.

ENRIQUE.

¡Arturo!

ROSMUNDA.

Sí... Dejad me saquen
de este horrible palacio.

ENRIQUE.

¿Qué pretendes?
¡No soy tu Alfredo yo? ¿Puedes dejarme?

ROSMUNDA.

¡Alfredo! Y aun osais con ese nombre!..
Mirad, señor, do estamos... De mis padres
no es ésta la mansion... No es el humilde
castillo donde con perversas artes,
de doncella infeliz, sensible, incauta,
un pérfido traidor pudo burlarse;
donde ella se entregaba sin recelo
al tierno impulso de su pecho amante;
y donde ciega al deshonor corria
mientras soñaba ¡ay Dios! felicidades.
Aquí el alcázar de los reyes miro;
un trono miro allí... Por todas partes
la pompa de estos sitios me anonada,
y en vos refleja para haceros grande.
¡Alfredo pereció!.. Triste, Rosmunda,
ni aun en recuerdo ya le es dado amarle:
sois Enrique, mi rey, mi soberano;
y para vos, señor, ya no soy nadie.

ENRIQUE.

¡Nadie!.. Tú eres mi bien, mi alma, mi todo;
y en vano quiso el cielo coronarme:
á tus plantas yo rindo mi diadema;
y siempre Alfredo soy.

ROSMUNDA.

Sois un infame,
sois un perverso, pues. La horrible mengua
así aceptais de un seductor cobarde,
de un vil perjuro... Por inmundo fango
el manto regio consentis se arrastre;
y el que nació á ser rey, ya sin decoro,

al esclavo mas vil quiso igualarse.

ENRIQUE.

¡Ah! calla, calla; que al oir tus quejas
fiero puñal el corazon me parte.
Sí, yo soy criminal; tu ira merezco...
mas compasion tambien... Siempre punzante
crüel remordimiento atormentaba
mi triste corazon; y al adorarte,
yo mi pasion funesta maldecia,
y al maldecirla mas, era mas grande.
¿Qué quieres?.. (esclamaba en mi delirio)
¿Do te lleva tu ardor?.... ¿Quieres, infame,
seducir su virtud? ¿Entre tus manos
esa cándida flor habrá de ajarse?
Entonces detestaba esta grandeza
que puso nuestras cunas tan distantes;
y mas que todo detestaba entonces
ese lazo fatal, abominable,
que no formó el amor, y en ferreo yugo
es eterna ocasion de mis afanes.
Ora intentaba en mi furor romperlo,
y sobre el trono escelso colocarte:
ora huir de tu lado resolvia
y entregarte al olvido... Tú lo sabes:
turbado, incierto, veces mil me viste
á tus plantas gemir, y delirante,
raudo desparecer: en larga ausencia
mi olvido ya, mi ingratitud lloraste;
y al cabo, á mi pesar, sin saber cómo,
otra vez á tus pies volviste á hallarme.
No me acrimines, pues... Culpa tan solo
al hado, al cielo... á tí. ¿Piensas que es fácil
conocerte y no amar? ¿Piensas que puede
quien una vez te amó nunca olvidarte?
Pierde primero tu fatal belleza;
pierde ese hechizo que fascina, atrae,
y puso el cielo en tí, cual si quisiera
ostentar su poder á los mortales.
¡Ay! esta dicha que á tu lado alcanzo
tan dulce es para mí, tan inefable,
que ¿cómo resistir? ¿cómo á perderla,

misero yo, pudiera condenarme?

ROSMUNDA.

Y ¿cómo á tanto amor resistiria
una debil muger? Sencillo, frágil,
mi triste corazon á sus dulzuras
se entregó sin recelo, y los pesares
nunca creyera hallar donde lucia
de ventura sin fin la bella imagen.
Solo en tí se encerraba, en tí tan solo,
cuanto en el mundo apetecer es dable.
Alfredo era mi dicha, era mi gloria,
mi tesoro, mi vida, el bien mas grande;
Alfredo era mi Dios á quien la tierra
toda á mis ruegos erigiera altares.
¿Te hallabas á mi lado? Embebecida
creia ver de mi custodia el ángel.
¿Hablabas? A tu voz me estremecia
cual si el Supremo Ser bajara á hablarme.
Subyugada por tí, vencida, ¡ay triste!
¿qué me fue dado hacer sino adorarte?
¡Era yo tan feliz!.. No las riquezas
te pedia mi amor, no que me alzases
hasta el regio dosel... Solo veia
como el supremo bien tu ansiado enlace,
y nada mas allá... Vivir contigo,
y que la tierra entera me olvidase;
y contigo morir; y que al empíreo
nuestras almas unidas se elevasen;
y en presencia de dios, en su alta gloria,
por una eternidad poder amarte.

ENRIQUE.

Sí, bien mio, lo juro: sí, por siempre
tuyo Enrique será. Ven, y constante...

ROSMUNDA.

¿Qué he dicho? ¡Santo Dios!... ¡Ah! me horrorizo.
Dejadme... no es verdad.

ENRIQUE.

No te retractes.
Dí que me amas aün.

ROSMUNDA.

Y bien, os amo,

os amo por mi mal... pero matadme.

ENRIQUE.

No, que mia serás... Ya no vacilo.
Triunfó, triunfó el amor... Desde hoy tu amante
tu esposo vendrá á ser.

ROSMUNDA.

¡Cómo!

ENRIQUE.

Rompiendo
con esa aleve mi ominoso enlace,
hoy libre quedaré.

ROSMUNDA.

No, no permito...

ENRIQUE.

¿Quién, dí, quiso adornar con los reales
armiños tu beldad? ¿quién la corona
á tu frente ciñó? ¿Quién colocarte
mandó sobre ese trono?... Dí: ¿no es ella?
Pues ella...

ROSMUNDA.

Sí... es verdad... ¡Muger infame!
¿No vió mi juventud y mi inocencia?
y ¡nada pudo haber que la aplacase!
y ¡decretó mi muerte!... y ¡el veneno
á saciar su rencor no fue bastante!
¡Mas allá de la tumba se estendia,
haciendo escarnio vil de mi cadáver!
¡Ah! Tiembla... que por fin, de tí, perversa,
yo tambien á mi vez podré vengarme.

ENRIQUE.

Sí, sí: te vengarás... su puesto ocupa.
En él te colocó; de él ella baje.

ROSMUNDA.

¡Qué horrible pensamiento! ¡O Dios! y pude...
¡Ah! señor; por piedad, de aqui sacadme.
No me conozco ya... Vuestra presencia...
esta regia mansion... vuestro lenguaje...
todo perturba mi razon... y todo...
Dejadme al menos mi virtud, dejadme.

ENRIQUE.

¿Qué dudas?... Ven conmigo, ven.

ROSMUNDA.

Marchaos;
que aun vuestro aliento me emponzoña.

ENRIQUE.

En balde
te resistes... Yo juro... Mas ¿quién viene?
¿Ella acaso?

ROSMUNDA.

¡Eleonora!

ENRIQUE.

Sí... Ocultarte
es preciso... Ven.

ROSMUN

No.

ENRIQUE.

Te lo suplico.
Que Enrique al menos tu existencia salve.

ROSMUNDA.

Obedezco... Mas ¿dónde?

ENRIQUE.

En ese trono;
y que su mismo ardid hora la engañe.
(*Vuelve Rosmunda á colocarse en el trono, y se cubre con las cortinas; pero de modo que el público pueda verla todavia.*)

## ESCENA III.

ENRIQUE. ROSMUNDA *en el trono;* ELEONORA. ROBERTO. CRIADOS.

ELEONORA.

¿Todavia os hallo aqui?
No lo estraño: amante tierno,
al lado de vuestra bella
se os olvidan los momentos.
¡O cuán dulces habrán sido
los que debeis á mi celo!

ENRIQUE.

Aun mas de lo que pensais;
y recompensaros debo.
Mas que unas órdenes dé

permitidme.—Oid, Roberto.
(*Habla bajo á Roberto.*)

ELEONORA.

Estraño hallarle, en verdad,
tan resignado y sereno...
Pero esa calma tal vez
encierra un oculto fuego.

ENRIQUE.

Marchad y volved al punto.
(*A Roberto que se va.*)

ELEONORA.

¿Cuáles son vuestros intentos?

ENRIQUE.

¿Temeis acaso?

ELEONORA.

¿Yo?... Nada.

ENRIQUE.

Alejad todo recelo.
A los que en palacio esten
mando venir.

ELEONORA.

¿Con qué objeto?

ENRIQUE.

¿Olvidasteis por ventura
quién alli está?
(*Señalando al trono.*)

ELEONORA.

No por cierto.

ENRIQUE.

¿Olvidasteis que en su frente
vos la diadema habeis puesto?

ELEONORA.

¿Y bien?

ENRIQUE.

Al morir Rosmunda,
una reina es la que ha muerto.

ELEONORA.

Como un sepulcro la encierre,
que reina sea consiento;
pues semejante rival
no ha de inspirarme ya celos.

ROSMUNDA.

Aun pudiera del sepulcro (*Aparte.*)
salir para tu escarmiento.

ELEONORA.

¿Quereis honrar su memoria?
Está bien: dad á los pueblos
de vuestras regias virtudes
tan recomendable ejemplo.
Mas no imagineís permita
que su frente por mas tiempo
esa corona profane
que por mofa en ella he puesto.

ROSMUNDA.

(*Tomando la corona que tiene al lado.*)
¡Por mofa!.. Mira, perversa,
que entre mis manos la tengo,
y tienta mucho el guardarla:
no apures mi sufrimiento.

ELEONORA.

Tal espectáculo, Enrique,
entre los dos lo tolero,
mas no de mi dignidad
el público vilipendio.
Obscura su tumba sea
como fué su nacimiento;
y allí encerrado tambien
quede este fatal secreto.

ENRIQUE.

¡Asombro causa el oiros!
Qué, ¿no siente vuestro pecho
de crímen tan horroroso
ni un leve remordimiento?

ELEONORA.

¿Es delito por ventura
el pisar un vil insecto?

ROSMUNDA.

(*Colocando la corona en su cabeza.*)
No puedo mas... Tú lo quieres...
Ven, corona, ya te acepto.

ENRIQUE.

Es crímen que sin castigo

no han de consentir los cielos.
Temblad, perversa, temblad;
que aunque Rosmunda haya muerto,
aun se ha de alzar del sepulcro
como vengativo espectro,
vuestros ojos espantando
con su aterrador aspecto.

ELEONORA.

No pienses, necio, inspirarme
ni vil compasion, ni miedo:
las víctimas que encerró
la tumba, nunca ha devuelto.

ROSMUNDA.

(*Descorriendo la cortina y mostrandose en pie sobre el trono.*)
Te engañas... Mírame aquí.

ELEONORA.

¡Justicia eterna! ¿Qué veo? (*Aterrada.*)
¡Rosmunda!

ROSMUNDA.

Sí... ¿Me conoces?
Mírame bien.

ELEONORA.

¡Qué portento!
¿Será verdad?.. No te acerques...
Sombra... fantasma... ¡Ah! fallezco.
(*Cae desmayada: los criados acuden á sostenerla.*)

ROSMUNDA.

Muger orgullosa, al fin
postrada á mis pies te tengo.

## ESCENA IV.

*Dichos.* ARTURO. ROBERTO. *Acompañamiento de Lores y gentes de palacio.*

ROBERTO.

Señor: aquí estan...

ENRIQUE.

Venid:
y escuchad todos.

TODOS.

¿Qué vemos?

ENRIQUE.

Ya Eleonora no es mi esposa:
los lazos del parentesco
que sin dispensa nos unen,
anulan nuestro himeneo.
Ved de hoy mas á vuestra reina.
*(Señalando á Rosmunda.)*
Postraos ante ella.
*(Todos se inclinan.)*

ARTURO.

¡Es cierto!

ROSMUNDA.

¡Reina soy!

ARTURO.

¡Rosmunda!

*(Arturo se coloca en medio del teatro cerca d trono, apostrofando á Rosmunda. Esta le vé, aterra, y como cambiando de idea, arroja corona al suelo, y dice:)*

ROSMUNDA.

¡Arturo!
¿Qué hice?.. ¡O Dios! ¡Ah! no... no quiero

# ACTO CUARTO.

Gabinete de estilo oriental y caprichoso con profusion de jaspes y adornos. Puerta grande en el foro que abriéndose deja ver una capilla. Puertas laterales. Una ventana. Una mesa con avios de escribir y una lámpara. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA.

ROSMUNDA, *sentada*. GUALTERO.

GUALTERO.
¿Qué respuesta le he de dar?

ROSMUNDA.
La que siempre yo le dí:
déjeme salir de aquí,
y libre al fin respirar.

GUALTERO.
Libre estais; que pues amor
un trono os dará mañana,
sois aquí la soberana
y el esclavo es mi señor.

ROSMUNDA.
Muy bien lo prueba, en verdad,
si tan guardada me tiene.

GUALTERO.
Una corona previene
con que honrar vuestra beldad.

ROSMUNDA.
Mucho deslumbra, lo sé,
una corona tan bella,
y breve instante con ella
yo tambien me deslumbré;
mas al punto horrorizada
la arrojé lejos de mí.

GUALTERO.

No os sacrifiqueis así;
que del rey enamorada...

ROSMUNDA.

Harto le llegué á querer;
pero en mi suerte penosa
soy poco para su esposa
y su dama no he de ser.
Enrique es casado ya;
y puesto que dueño tiene,
admitir no me conviene
la corona que me da.

GUALTERO.

Si á Eleonora dió su mano,
le es repudiarla preciso;
y solo aguarda el permiso
del pontífice romano.

ROSMUNDA.

Ni se lo dará, ni yo
usara de él si lo diera.

GUALTERO.

Mirad que Enrique me espera.
¿No dais mas respuesta?

ROSMUNDA.

No.

GUALTERO.

Con harto rigor tratais
á quien por vos solo vive.
No quereis verle; y si escribe
¿con desden le contestais?

ROSMUNDA.

¿No conoce ya mi anhelo?
Solo un convento le pido.

GUALTERO.

¡Rostro tan bello perdido
bajo obscuro y tosco velo!
¡A quien palacios merece
dar de un claustro la prision!

ROSMUNDA.

Y ¿de un claustro esta mansion
diferencia acaso ofrece?

GUALTERO.

Solitaria es, lo confieso,
mas sin igual su hermosura:
que á la vez arte y natura
le prestan dulce embeleso.
¿Qué es ver los retretes bellos
labrados por sabio moro,
donde los jaspes y el oro
deslumbran con sus destellos?
Y ¿qué es ver en derredor
pensiles mil, cuyas flores
encantan con sus colores
y embelesan con su olor?
De Woodstock el parque umbroso
es joya de la Inglaterra,
y tiene fama en la tierra
por lo ameno y delicioso.

ROSMUNDA.

¿Qué importa, si su espesura
en laberinto intrincado,
mas que con muro doblado
á quien encierra asegura?
Ni el que está fuera, en su centro
logra nunca penetrar,
ni aun menos puede escapar
quien llega á mirarse dentro;
que en larga inútil carrera,
despues de giros sin cuento,
vuelve loco y sin aliento
al punto de do partiera:
de tal suerte, que aunque entienda
su madeja enmarañada
Enrique, le da la entrada
subterránea oculta senda.

GUALTERO.

Por ella he venido yo
y entramos los que os servimos;
pues por ella preferimos...
(*Suena debajo de la reja el preludio de una cancion en una harpa.*)
Mas ¿qué instrumento sonó?

ROSMUNDA.

No sé...

GUALTERO.

¿Quién puede?

ROSMUNDA.

En verdad
que en este sitio es estraño.

GUALTERO.

Y tocan, si no me engaño,
bajo esa reja... Escuchad.

*Voz (cantando).* Gala y flor de la hermosura,
con mil gracias seductora,
á Rosmunda Enrique adora
y á sus pies postrado está.
El es rey, mas ella es bella,
y á la hermosa, ¿quién no cede?
Si él vencer al orbe puede,
de él la hermosa triunfará,

ROSMUNDA.

¡Qué voz!... ¡Cielos!... Si será...

GUALTERO.

¡Vive Dios que es trovador!

ROSMUNDA.

Y ¡es mi historia! ¡Qué rubor!

GUALTERO.

Mas ¿por dónde entrado habrá?

*Voz (canta).* En su ardor el cetro rinde
á Rosmunda un rey potente,
y ceñir á su alba frente
la diadema prometió.
Rival fiera, en ira ardiendo,
la hizo dar mortal bebida;
mas volvióle amor la vida,
y en el trono la sentó.

ROSMUNDA.

¡Es Arturo!

GUALTERO.

¿Arturo!

ROSMUNDA.

Sí:
no hay duda.

GUALTERO.

Tres dias ha
que en la corte ya no está.

Con efecto, vedle allí.
(*Miran por la reja.*)
La luna da en su semblante.

ROSMUNDA.

¡Me ha visto!

GUALTERO.

Es de presumir;
que indica querer subir.

ROSMUNDA.

Abridle.

GUALTERO.

Pero...

ROSMUNDA.

Al instante.
(*Vase Gualtero.*)

## ESCENA II.

ROSMUNDA *sola.*

¿Quién le pudo introducir
en esta oculta mansion
que impunemente jamas
osada planta pisó?
¿Qué intentos serán los suyos?
¡Ah! su noble corazon
para salvarme sin duda
hoy le arroja con valor
á tan temeraria empresa.
Protejedle, eterno Dios.
Mas ya llega.

## ESCENA III.

ROSMUNDA, ARTURO, GUALTERO.

GUALTERO.

Vedla alli.
(*A Arturo.*)

ROSMUNDA.

¡Arturo, eres tú!

ARTURO.

Yo soy:
sí, Rosmunda.

ROSMUNDA.

¿Quién tus pasos
aquí, imprudente, guió?
¿Qué pretendes?

ARTURO.

Solo á tí
puedo revelarlo... Vos (*A Gualtero.*)
dejadnos solos.

GUALTERO.

Acaso...

ROSMUNDA.

Hacednos este favor.

GUALTERO.

Os obedezco, señora.—
Esta estraña introduccion... (*Aparte.*)
Conviene que el rey la sepa;
y de ella á informarle voy. (*Vase.*)

## ESCENA IV.

ROSMUNDA, ARTURO.

ARTURO.

El tiempo es precioso, ven:
no perdamos la ocasion.

ROSMUNDA.

¿Qué intentas?

ARTURO.

Salvarte.

ROSMUNDA.

¿A mí?

ARTURO.

Si esclava de un vil amor,
no quieres en estos sitios
vivir sin honra.

ROSMUNDA.

¿Quién? ¿Yo?
pues ¿no sabes?

ARTURO.

Solo sé
que aquí peligra tu honor.

ROSMUNDA.

¿Dudas que guardarlo supe?

ARTURO.

No tengo esa duda, no;
que á tenerla... Pero ven:
huyendo de esta mansion,
mas puro queda ensayado
de tanta prueba al crisol.

ROSMUNDA.

¡Ah! tu presencia me mata;
que no puedo sin rubor...

ARTURO.

Alza la frente, Rosmunda;
que no es juez sin compasion
este que hora entre sus brazos
te estrecha con dulce ardor.
Es tu amigo, sí... No temas
de negra infamia el baldon;
pues aunque breves momentos
pudo el brillo seductor
de una corona ofuscarte,
la virtud al fin triunfó.

ROSMUNDA.

¿Y qué fuera de Rosmunda
si tu vista, si tu voz,
esa olvidada virtud
no volviera al corazon,
á este corazon que débil
tan facilmente cedió?
Mas perdona... Yo no sé
que encanto fascinador
de mis sentidos, de mi alma,
Arturo, se apoderó.
¡Pueden tanto los recuerdos
de no estinguida pasion!
¡pueden tanto una corona
y un deseo vengador!
que ¿cómo en tan fiero trance

hallar resistencia? ¡ay Dios!
Te presentaste... A tu acento
disipóse la ilusion:
ví de un abismo insondable
á mis pies todo el horror...
Me estremecí... La diadema
mi mano airada arrojó...
Que aunque trono, amor, venganza
trastornaban mi razon
pudiste al fin mas que todos,
¡ó tú, mi ángel salvador!

ARTURO.

En vano el rey despechado
de la entereza que halló
en tí, vencer no pudiendo
tu noble resolucion,
con pretesto de ocultarte
de tu enemiga al furor,
te encerrara en este sitio
que impenetrable creyó.
¡Impenetrable! Lo fuera
á quien con menos teson
no jurára libertarte
de este peligro cual yo.
¡Muros de bronce asaltara
por salvarte, vive Dios,
¡cuánto mas de un laberinto
là reducida estension!
Sus peligrosas revueltas
osé arrostrar sin temor,
y al cabo de pruebas mil,
ya mi constancia venció.
Héme aqui, pues... El camino
que abrir logró mi valor,
un hilo nos trazará
que en él tendido quedó:
con tal guia en un momento
huir podemos los dos.

ROSMUNDA.

Hombre generoso, deja
que bese tus plantas.

ARTURO.

No,
no, Rosmunda; ¿qué haces?

ROSMUNDA.

Tú eres
mi angel tutelar, mi Dios.
¡Qué noble desprendimiento!
¡qué animoso corazon!
¡Ah! ¿cómo podré pagarte?..

ARTURO.

¡Pagarme!.. Ya se acabó...
mas sálvate... Lo demas
que lo disponga el Señor.
Ven, huyamos sin tardanza;
que en este pais feroz
otros peligros te cercan.
Eleonora en su furor
de rebelion contra Enrique
ha levantado el pendon.
Pronto á inflamarse el inglés
de la discordia á la voz,
numerosos partidarios
junta de ella en derredor.
No lejos de estos lugares
ya sus reales sentó,
y horrible guerra civil
va á encender un torpe amor.

ROSMUNDA.

¡Ah! por fuerza yo he nacido
en hora de maldicion.
Do quier mi vista produce
desgracias, guerras y horror...

ARTURO.

Vamos, pues... pronto... salgamos.

ROSMUNDA.

Sí... Mas espera... Antes voy...

ARTURO.

¿Dónde?

ROSMUNDA.

Perdona... Tan solo
concédeme este favor.

ARTURO.

¿Cuál?

ROSMUNDA.

Que le escriba.

ARTURO.

¿Y te atreves?...

ROSMUNDA.

No culpes, no, mi intencion.
Rogarle solo pretendo
por tan malogrado amor,
que me olvide; y renovando
lazos que Dios consagró,
vuelva la paz á sus reinos.

ARTURO.

Está bien... Escribe.

(*Rosmunda se sienta y escribe rápidamente una carta. Llama despues; y sale un criado á quien la da.*)

ROSMUNDA.

Vos
llevad esta carta al Rey. (*Vase el criado.*)
A seguirte pronta estoy. (*A Arturo.*)

ARTURO.

Vamos, pues... Pero ¿qué es esto?
¿No ves aquel resplandor?
(*Señalando la ventana.*)

ROSMUNDA.

Sí... ¿qué será?

ARTURO.

¡Cielo santo!
(*Arturo va á mirar por la reja.*)
¡Perdidos somos!.. ¡Qué voz!
¡La Reina!

ROSMUNDA.

¡La Reina!

ARTURO.

Sí.
Su gente está en derredor
de este palacio... Tu carta
quitan el page.

ROSMUNDA.

¡Por Dios!
Escóndete tú.

ARTURO.

¿Yo?.. Nunca.
¿Cómo pudo?.. ¡Maldicion!
El hilo la habrá guiado
que mi imprudencia dejó.

ROSMUNDA.

Ya llegan.

ARTURO.

Pues bien, aquí
pereceremos los dos.

## ESCENA V.

ROSMUNDA, ARTURO, ELEONORA, ROBERTO. SOLDADOS.

*(Salen precipitadamente la Reina, y los soldados llevando estos hachas encendidas. La Reina lleva en la mano la carta de Rosmunda.)*

ELEONORA.

¿Aquí estas?.. En mi poder
caiste, por fin, traidora:
la que de mi trono escelso
con negro baldon me arroja,
la que su impúdica frente
quiere orlar con mi corona.
No será... yo te lo juro...
que tósigo infiel ahora
no burlará mi venganza;
y tu sangre gota á gota
ante mis ojos corriendo
afirmará mi victoria.

ROSMUNDA.

¿Qué tardais? Venga el verdugo;
que ya á morir estoy pronta.

ELEONORA.

No me esperabas ¿es cierto?
Y aquí en placenteras horas

¿gozar de amor hoy creias
las caricias deliciosas?
Sin duda porque tardaba
ese amante que te adora,
iba esta carta á avivar
su venida perezosa.

ROSMUNDA.

¿La habeis leido?

ELEONORA.

Presumo
lo que en frases amorosas
dirá.

ROSMUNDA.

Con todo, leedla:
os lo suplico.

ELEONORA.

En buenhora.
(*Abre la carta y la lee.*)
Veamos pues... ¡Dios! ¿qué he leido?
¿Será verdad?

ROSMUNDA.

¿Qué os asombra?

ELEONORA.

¿Esto pensabais hacer?

ROSMUNDA.

¿Lo dudais?

ELEONORA.

Me quedo absorta.

ROSMUNDA.

¿Quién, señora, vuestro esposo,
ni vuestro cetro ambiciona?
Guardadlos, guardadlos, sí;
y sed con ellos dichosa.

ELEONORA.

¿Pensais que habré menester
vuestro permiso, orgullosa?

ROSMUNDA.

¿Quién tal dice? Vuestros son:
yo ni aun quiero su memoria.

ELEONORA.

¿Qué, en fin, estabais resuelta?

ROSMUNDA.

Vuestra vista solo estorba
que estemos lejos de aquí

ELEONORA.

Y ¿ha de ser mas generosa? (*Aparte.*)

ARTURO.

¡Ah! sin duda la piedad
en vos su imperio recobra.

ELEONORA.

¡Piedad en mí!

ARTURO.

Sí, que en vano
su voz resistis celosa.

ELEONORA.

Y ¿quién sois vos?.. Mas ¿qué miro?
¡Arturo!.. ¡Ah! traidor... ¿Y aun osas
ante tu reina ofendida
presentarte?

ROSMUNDA.

No te espongas,
Arturo, márchate y deja
que aquí perezca yo sola.

ARTURO.

Y si en el mundo no estás
¿ya la vida qué me importa?
Sí, lo confieso yo soy (*A Eleonora.*)
quien con bebida engañosa
de vuestro injusto furor
quise librar esa joya.
Soy quien de ese laberinto
las revueltas misteriosas
osé arrostrar, y la senda
hallé que todos ignoran.
¡Necio de mí, solo ha sido
guiar á su matadora!
Soy, en fin, quien por salvar
una vida tan preciosa
no hallo riesgos que me asusten,
ni estorbos que se me opongan.
Si esto se llama ofenderos,
os he ofendido, señora.

ELEONORA.

¿Qué escucho?... Sin duda tú
tambien á esa infame adoras.

ARTURO.

La adoro, sí... No penseis
que ocultarlo me proponga.
Siendo niño la adoré;
creció mi pasion fogosa
con los años, y un volcan
es inestinguible ahora.
La adoro sin esperanza,
la adoro ingrata, alevosa;
y para quererla mas,
otro y no yo su amor logra.
Su vista evitar debí
mientras pudo ser dichosa;
es infeliz, y á su lado
manda el honor que me ponga.
Vedme, reina, á vuestros pies;
mi amor por ella os implora.
Perdonadla, no es culpable;
su alma noble y candorosa
ni torpe ambicion conoce,
ni impuros deseos forma.
Tambien engañada ha sido;
tambien traicion alevosa,
fingiendo amor inocente,
quiso labrar su deshonra.
No castigueis la virtud
que triunfo tan bello logra,
y huye de quien tanto amó
despreciando una corona.
Perdonadla, perdonadla:
con ella sed generosa.

ELEONORA.

No lo merece la infame;
llegó ya su postrer hora.

ARTURO.

Pues bien, si sois inflexible,
si sois á mis ruegos sorda,
yo la sabré defender

de vuestra furia rabiosa.
(*Saca la espada y se coloca delante de Rosmunda.*)
Venid, mandad los verdugos:
que esta espada cortadora
su sangre vil verterá
si aun mirarla infames osan:
ó á lo menos, si á pesar
de mis esfuerzos la inmolan,
sufriendo una misma suerte
no la vereis morir sola.

ELEONORA.

Atrevido!

ROSMUNDA.

¿Qué haces?
(*Le ase por el brazo y le impide esgrimir la espada.*)

ARTURO.

Suelta.

ELEONORA.

Desarmadle.

ARTURO.

¡Y tú me estorbas!...
(*Los soldados se abalanzan sobre Arturo y le desarman. Roberto quiere herirle; la Reina le detiene.*)

ELEONORA.

Apartaos.

ROSMUNDA.

¡Imprudente!
¡Dónde un ciego amor le arroja!
No castigueis su locura (*A Eleonora.*)
que es mia la culpa toda.

ELEONORA.

¿Tambien vos le defendeis?

ROSMUNDA.

Y ¿quién no siendo, señora,
un monstruo vil, puede ver
tanto amor, y no le adora?

ARTURO.

¿Qué has dicho? ¡O felicidad!
¡Ah! que esa palabra sola
me premia cuanto sufrí.

Ya la muerte es deliciosa;
que el hombre debe morir
cuando tanta dicha logra.
O Reina, mandad que sea
comun nuestra suerte ahora.

ELEONORA.

Sí, lo será: lo resuelvo:
sé ya lo que hacer me toca.
Roberto, en todas las puertas
poned segura custodia.
Que de este cuarto no salgan
ni uno ni otro... A que dispongan
yo voy cuanto á mi venganza,
á mi dignidad importa.
Vosotros aquí esperad:
mi sentencia será pronta.

(*Roberto habrá colocado centinelas fuera de las puertas: hecho lo cual, sigue á Eleonora con los demas soldados, quedando Rosmunda y Arturo solos.*)

## ESCENA VI.

ROSMUNDA, ARTURO.

ROSMUNDA.

Oid... esperad... ¡Malvada!
¡Monstruo de infamia y horror!
¿No le basta á su rencor
mi sangre verter airada?
¡Aun quiere mas su furor!
¡Quiere la tuya!.. Infelice,
yo soy, yo soy quien te mata;
¿por qué á muger tan ingrata
hora tu voz no maldice?

ARTURO.

¿Qué pronuncias, insensata?
¡Yo maldecirte!.. No, no:
bendigo mas bien al cielo;
pues sensible á tanto duelo,
mi ruego ardiente cumplió.

Morir contigo es mi anhelo,
morir á tu lado, sí;
verte en mi postrer suspiro;
y una señal ver en tí
cuando muriendo te miro
de compasion hácia mí.
Desde la infancia florida
fuiste mi dulce ilusion;
mas esa ilusion perdida,
ya marchito el corazon,
¿de qué me sirve la vida?

ROSMUNDA.

Calla, calla; que un puñal
clavas agudo en mi seno:
yo te fuí siempre fatal;
y en tu vivir el veneno
he derramado del mal.
Por mí tu patria dejaste,
hallando la esclavitud:
pagué con ingratitud
tanto amor... Tú me salvaste;
y es tu premio un atahud.

ARTURO.

¡Mi premio!.. Pues ¿cuál mayor
puedo aguardarlo de tí?
¡Tu compasion y tu amor!
Porque ¿ya me quieres, sí?

ROSMUNDA.

¿Qué he de decirte? ¡ay dolor!
Cual mereces, no lo sé;
mas te adoro como á un Dios.

ARTURO.

Y ¿tanta dicha logré?

ROSMUNDA.

No ufano tu pecho esté:
que á morir vamos los dos.

ARTURO.

Y ¿qué me importa? Un momento
de este inefable contento
vale muy bien el morir:
y cuando me venga á herir

luego el verdugo sangriento,
á su acero mi garganta
sin pesar entregaré;
y á la muerte le diré:
quien te debe dicha tanta,
cual un bien llegar te vé.
Tan solo un favor pretendo
de tu enemiga impetrar:
en tu tumba descansar:
si no eres mia viviendo,
selo despues de espirar.
Mas ¿qué digo?.. ¿No me queda
un instante todavía?
¿Quién esta dicha me veda?
¡Ay! antes que al hierro ceda.
el placer me mataria!
Sí, Rosmunda, es menester:
de mi eterno padecer
yo exijo una recompensa.

ROSMUNDA.

¿Cuál?.. dímela.

ARTURO.

Es grande, inmensa.

ROSMUNDA.

Para tí corta ha de ser.

ARTURO.

Si en mí de este amor el fuego
siempre fué sincero, puro;
si á muerte por él me entrego,
jura que á mi último ruego
accederás.

ROSMUNDA.

Sí, io juro.

ARTURO.

Mira que lo has de cumplir.

ROSMUNDA.

Habla.

ARTURO.

A la esfera gloriosa
do Dios te va á recibir,
tú, Rosmunda, has de subir.

con el nombre de mi esposa.

ROSMUNDA.

¡Yo!

ARTURO.

Mi fe recibe ahora;
que no nos ha de negar
en nuestra postrimer hora
un ministro del altar
nuestra fiera matadora.

ROSMUNDA.

¡Ah! ¿qué pretendes de mí?

ARTURO.

¿Te retractas por ventura?

ROSMUNDA.

Yo no soy digna de tí.

ARTURO.

Dí que me aborreces, dí
que eres ingrata, perjura.

ROSMUNDA.

¡Arturo!

ARTURO.

Aparta, y me deja
buscar la muerte horrorosa.

ROSMUNDA.

Detente.

ARTURO.

¡Muger odiosa!

ROSMUNDA.

¡Ah! cese tu injusta queja.
Triunfaste ya: soy tu esposa.
(*Se arroja á sus pies.*)

ARTURO.

¡Mi esposa!... ¿Es cierto?

ROSMUNDA.

Lo soy:
tu esclava fuera tambien.
Mira: á tus plantas estoy.

ARTURO.

No, ven á mis brazos, ven.
Toma: este anillo te doy;
es el anillo nupcial.

ROSMUNDA.

Lo acepto.

(*Arturo saca un anillo que lleva y se lo da á Rosmunda: esta lo toma; y abrazados luego los dos, caen arrodillados.*)

ARTURO.

Y tú, eterno Dios,
desde tu asiento inmortal
tu bendicion celestial
derrama sobre los dos.
Abre el alto firmameto,
muestra tu trono, Señor;
y entre su santo esplendor,
dígnate el fiel juramento
recibir de nuestro amor.
Recíbelo, sí, que es puro;
y estas almas que lo dan,
dejando este suelo obscuro
tras él se refugiarán
hoy á tu eternal seguro;
y allí en perdurable paz
ante tu divina faz,
de esta santa union la tea,
si aquí lució tan fugaz,
inmortal y eterna sea.

## ESCENA VII.

*Dichos*, ROBERTO, SOLDADOS.

ROBERTO.

Allá os esperan, marchad.
(*A Rosmunda y Arturo.*)
Vosotros acompañadlos. (*A los soldados.*)

(*Vanse Arturo y Rosmunda rodeados de soldados.*)

## ESCENA VIII.

ROBERTO *solo.*

(*Roberto mira por la ventana.*)

ROBERTO.

Si la obscuridad no engaña,
ya Enrique se va acercando.
El es, no hay duda... Cumpliendo
de Eleonora los mandatos,
esta carta dejo aquí:
Retiremos los soldados.

(*Coloca sobre la mesa la carta de Rosmunda; hace despues salir á los centinelas que habia colocado fuera de la puerta, y vase.*)

## ESCENA IX.

ENRIQUE *solo.*

¡Qué soledad!.. ¡Dios mio!.. ¿Por qué causa
do mis pasos dirijo á nadie encuentro?
¿Dónde Rosmunda está?.. Su estancia es esta...
Reposando tal vez... Con todo, entremos.
(*Quiere entrar por la puerta de la izquierda.*)
¡Cielos! ¡cerrado!.. ¿Qué misterio?.. El page
aseguró que Arturo... ¿Con qué intento
ha podido venir?.. ¿Cómo ha logrado
penetrar?.. ¿Do estará?.. ¿Por qué tan tierno,
tan profundo interés muestra por ella?
¿Acaso?.. ¡Qué sospecha!.. No, no es cierto.
Esa lámpara indica que no há mucho
alguno estaba aquí... Pero ¿qué veo?
¡Una carta!.. ¡A mi nombre!.. Es de Rosmunda.
Veamos... ¡Cielos!.. Al abrirla tiemblo.
(*Abre la carta y la lee con grande agitacion pronunciando en alta voz algunos trozos de ella.*)
« Huyo de vos... Un ángel me ha salvado....
« Yo no puedo ser vuestra... Mano y cetro
« á Eleonora debeis... Dadme al olvido...

«Restituid la paz á vuestros pueblos.»
¡Ah! Ya penetro tan horrible arcano.
¡Soy vendido!.. ¡Traidores! ¡Este premio
das, ingrata, á mi amor!.. Yo generoso
pongo á tus pies mi corazon, mi cetro;
todo sin vacilar lo sacrifico;
horrible guerra por tu causa enciendo;
¡y me vendes así!.. Pérfida, tiembla...
Probarás mi venganza... De aquí lejos
no puede estar aün... Vamos... Hallarla
sabré, mas que la oculte el mismo infierno.
(*Va á salir.*)

## ESCENA X.

ELEONORA, ENRIQUE.

ELEONORA.
Detente... ¿Dónde vas?

ENRIQUE.
¡Dios! ¡Eleonora!
¿Tú aquí?... ¿Cómo pudiste?.. ¿Ah? ya comprendo.
¡Horrible trama!.. No, no es delincuente
Rosmunda, no lo es, no puede serlo.
Tú, malvada, á escribir la has obligado
esta carta, sí, tú... ¡Vano proyecto!
¡Torpe é inútil ardid!.. Siempre la adoro;
y á tí, pérfida, á tí, mas te detesto.

ELEONORA.
Enrique, os engañais... Ya estaba escrita
cuando aquí penetré.

ENRIQUE.
No, no lo creo.

ELEONORA.
Lo estaba: yo os lo digo; y con Arturo
iba Rosmunda de este sitio huyendo.

ENRIQUE.
¡Arturo! ¡Arturo!.. ¡Y bien! ¿Quién es? ¿qué quiere?
¿quién le trajo? ¿Do está? ¿Cuál es su intento?
Pronto, decid, hablad.

ELEONORA.

Señor, calmaos.
¿Eso me preguntais?... ¡Qué! ¿sois tan ciego,
que no habeis conocido lo que todo
revelando os está?.. ¿Su ardiente fuego
por ventura ignorais?.. ¿Nunca os han dicho
que ambos en su niñez se conocieron;
que á la par con la edad, en paz dichosa,
creció su ardor entre infantiles juegos?
Sabed que en su pasion, por conseguirla,
todo él lo arrostra, despreciando riesgos;
y ella premiando su constante llama,
olvida vuestro amor, rehusa el cetro.

ENRIQUE.

¡Ah! ¿qué es lo que decis? ¡Atroz engaño!
¡Que tanta falsedad quepa en su pecho!

ELEONORA.

Mirad, mirad quien preferirme osasteis:
por esa aleve despreciar me veo;
por ella E[illegible] que sacros nudos rompe:
¡del amor de un monarca digno objeto!

ENRIQUE.

No prosigais, callad.... Veo que es horrible
este suplicio que al oiros siento.

ELEONORA.

¡Luego conoces ya los que he debido
por tu amor padecer fieros tormentos!
¡Mira si son atroces!.... Si los sientes
como yo los sentí, vengada quedo.

ENRIQUE.

No cabe mas sufrir... Se abrasa el alma.....
¡Eleonora infeliz, te compadezco!
Mas solo la venganza..... Dí: ¿por dónde
esos infames de este sitio huyeron?

ELEONORA.

No huyeron, no.... Para evitar su fuga
aquí sin duda me condujo el cielo.

ENRIQUE.

¿Luego se hallan aquí?

ELEONORA.

Sí.

ENRIQUE.

¿Dónde?

ELEONORA.

Cerca.

ENRIQUE.

¿Cerca?..... Vamos.

ELEONORA.

Detente.

ENRIQUE.

Verla quiero.

ELEONORA.

¿Para qué?

ENRIQUE.

No lo sé.... Quiero vengarme.....
Echarle en cara su maldad pretendo....
Ver qué disculpa da.... ¿Quién sabe?.... Acaso
no es tan culpada, no, como creemos.

ELEONORA.

Ya la verás.... Mas pierde la esperanza;
que de pensar en ella pasó el tiempo.
Tuya no puede ser.

ENRIQUE.

¿Por qué?

ELEONORA.

Sabráslo.

Abrid.... Mírala allí.... Tiene otro dueño.
(*Las puertas del fondo se abren y dejan ver una capilla con su altar alumbrado. Rosmunda y Arturo están arrodillados á los pies de un sacerdote recibiendo la bendicion nupcial. Están rodeados ademas de soldados.*)

## ESCENA XI Y ULTIMA.

*Dichos.* ROSMUNDA. ARTURO. ROBERTO. SOLDADOS.

ENRIQUE.

¿Qué veo?... ¡Santo Dios!.... ¡Al pie del ara!
¡Con Arturo! ¡O furor!.... Sabrá mi acero......
(*Enrique saca un puñal y corre furioso para herir á Rosmunda; pero al ir á dar el golpe, retrocede horrorizado y arroja el arma. Rosmunda y A*

*turo se levantan con espanto. Eleonora acude á defenderlos, haciendo que se interpongàn los soldados)*

ARTURO.

¡El rey!

ENRIQUE.

Qué horror!... ¡Jamas!

ROSMUNDA.

¡Señor!

ELEONORA.

No temas.

Soldados acudid... Yo te defiendo.

ENRIQUE.

¡Vos!

ELEONORA.

Su noble virtud me ha desarmado.

ENRIQUE.

Su perfidia mas bien.

ELEONORA.

Ese himeneo

yo lo he querido.

ENRIQUE.

¡O cielos! Tú, Rosmunda,

¿te sacrificas?

ROSMUNDA.

No... Que un ángel tengo,

un ángel por esposo.

ENRIQUE.

¿Has olvidado

que yo tambien?....

ROSMUNDA.

Señor, no hableis en eso...

Solo una prueba ya de amor os pido.

ENRIQUE.

¿Cuál?

ROSMUNDA.

Mirad vuestra esposa.

ENRIQUE.

¡Ah! ya te entiendo.

A sus pies estoy ya.

*(Se arroja á los pies de Eleonora.)*

ELEONORA.

Ven á mis brazos

*(Enrique y Eleonora se abrazan.)*

ROSMUNDA.

Sed dichosos..... A Dios.

ENRIQUE Y ELEONORA.

A Dios.

ROSMUNDA.

*(A Arturo.)* Marchemos;
la Francia nos espera.

ARTURO.

Vamos.

ENRIQUE.

¿Nunca
volveré á verte?

ROSMUNDA.

Sí.

ENRIQUE.

¿Dónde?

ROSMUNDA.

En el cielo.

## ERRATAS.

| *Página.* | *Verso.* | *Dice* | *Léase.* |
|---|---|---|---|
| 59 | 16 | Ab | ah |
| 60 | 19 | hurlas | burlas, |
| 64 | 3 | delirio | deliro. |